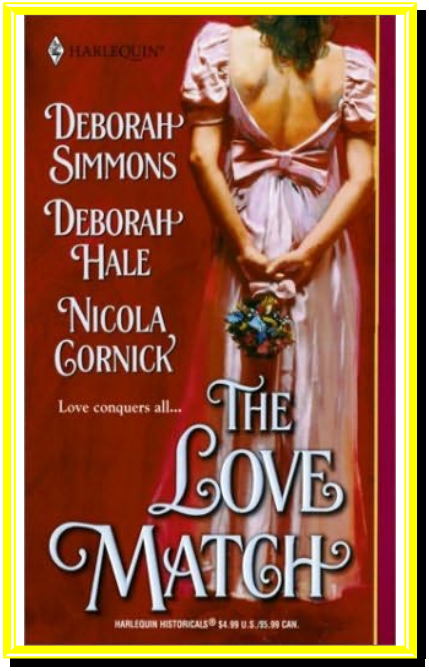
Cupido va a Gretna

Deborah Hale

2º Hermanos Greenwood



Cupido va a Gretna
Título Original: Cupid Goes to Gretna (2002)
Traducido del inglés
Serie: **Hermanos Greenwood 02**
Editorial: Harlequin Books
Sello / Colección: **Harlequin Historical 599**
Género: Histórico
Protagonistas: Ivy Greenwood y Oliver Armitage

Argumento:

Con la esperanza de reconciliar a Thorn, su hermano, con Felicity, Ivy Greenwood trama un plan osado. Al huir con el estudioso y serio Oliver Armitage, sobrino de Felicity, Ivy pretende hacer que la pareja intente impedir su supuesta boda. Pero, en su jornada entre Bath y Gretna Green, Ivy y Oliver acaban haciéndose víctimas de su propio sortilegio…

Capítulo 1

Bath, Inglaterra, 1815

—¿Sr. Armitage, se fugaría conmigo a Gretna? —preguntó la Srta. Ivy Greenwood, sin aliento.

Debía estar soñando. ¡Sólo podía estar soñando!

Oliver Armitage levantó la mirada de su más reciente experimento y sacudió la cabeza para disipar la vívida alucinación que se encontraba de pie en la puerta de su laboratorio. Aquello era el resultado de quedarse trabajando treinta y seis horas, sin dormir. Quizá debería prestar más atención a los constantes consejos de su tía Felicity.

No era la primera vez que se afligía con sueños debido a la hermosa y jovial Srta. Greenwood. Ni la primera vez que pensamientos sobre ella interrumpían su trabajo. ¡Ya se estaba volviendo una preocupación!

—Oh por favor, Sr. Armitage, no diga que no antes de oírme.

Ni un poco afectada por que él estuviera sacudiendo la cabeza y golpeando la mejilla, el espejismo inexorable de Ivy Greenwood entró en su laboratorio y cerró la puerta.

Una fragancia agradable flotó por el aire, en un dulce conflicto con el hedor de las substancias químicas que flotaban en el lugar. Por cierto se trataba de alguna destilación floral… *carophyllus de Dianthus*, quizá. Normalmente conocida como clavel, el aceite de la flor era frecuentemente utilizado en la elaboración de jabones.

Oliver había oído decir que las mentes agotadas solían tener visiones e imaginar sonidos. Pero jamás olores.

¡Debía ser real!, concluyó.

—Srta. Greenwood, ¿qué está haciendo aquí? —saltó de la silla de su escritorio, ajustándose los anteojos con una mano y con la otra aplacando el pelo despeinado, en un vano intento de hacerse más presentable.

No sirvió. O eso juzgó al percibir el aire de exasperación en los ojos de Ivy Greenwood. Aquellos ojos maravillosos que más parecían una mezcla precisa de azul y verde producida por la combustión del cobre. Mirarlos le provocaba una curiosa sensación de estar en llamas.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —preguntó ella—. Ya se lo dije, ¿o no me oyó? Necesito que se fugue conmigo a Gretna. Su tía Felicity y mi querido hermano dependen de eso. ¿Me va a ayudar?

La mente cansada y hecha un lío de Oliver luchó por comprender lo que le estaba diciendo. Al mismo tiempo, varias sensaciones alarmantes se difundían por su pecho hasta las partes más bajas de su cuerpo, provocadas por el simple pensamiento de casarse con aquella criatura encantadora.

—Debo admitir que estoy un poco perdido, Srta. Greenwood —siendo el intelecto su única fuente de orgullo, Oliver evitaba admitir su confusión. Desde el momento en que había conocido a Ivy Greenwood, descubrió qué ella lo confundía demasiado para su propio gusto—. ¿Por qué haría tal cosa, si no tengo ninguna intención de casarme con usted o con cualquier otra joven? Sin importar cuanto tía Felicity desee verme casado.

—Pero ella no lo desea… Ésa es la cuestión —Ivy Greenwood miró alrededor del laboratorio que él había improvisado en el cuarto de huéspedes de la casa de la ciudad de su tía. Quizá estuviese pensando que necesitaba una esposa para imponer un poco de orden en aquel desorden científico.

—Puedo asegurarle que no tengo la menor intención de alterar su estado civil, señor. Deje que me explique mejor. Mi hermano y mi hermana me entienden tan bien que adquirí el lamentable hábito de abordar un asunto por el medio y esperar que las otras personas me sigan.

Una sonora carcajada hizo que los brillantes mechones de pelo de la Srta. Greenwood, que caían bajo un sombrero, se sacudieran de un modo encantador. El color de las hebras sedosas le hacía recordar una fusión de cobre y oro recién incinerada.

—Por favor, siéntase mientras me explica —al retirar una pila de libros y documentos de la silla más próxima, Oliver anheló saber por qué el hecho de que la propuesta de la Srta. Greenwood no tuviera nada que ver con su estado civil no le provocó una inmediata ola de alivio.

—Gracias, Sr. Armitage —ella lanzó una mirada bastante dudosa al asiento bordado de la silla, antes de acomodarse—. Ahora, veamos… comencemos por el principio. Yo no quería retroceder tanto, o llevará décadas contarle y no tenemos mucho tiempo.

—Quizá fuese mejor si me aclarase los puntos sobre los que estoy confundido —Oliver rodeó el escritorio y volvió a acomodarse en la silla, deseando saber tardíamente si su ancha corbata podía haber quedado manchada con el residuo de sales minerales—. Quiere que yo me fugue con usted, pero no para casarnos. Es un poco contradictorio, tiene que admitirlo. ¿Y qué tienen que ver tía Felicity y su hermano con nuestra fuga?

—¡Eso es precisamente! —una bella sonrisa iluminó las facciones delicadas de Ivy Greenwood. Por un intoxicante momento ella lo contempló con una mirada de asombro y admiración, como si él hubiese descubierto el secreto del universo para ella—. Espero que sepa que su tía y mi hermano se han encontrado los últimos dos

meses.

La impresión de oírla tocar de forma tan casual asuntos tan íntimos y escandalosos hizo que los labios de Oliver se abrieran y cerraran rápidamente sin decir una sola palabra.

La Srta. Greenwood ignoró su imitación de pescado varado.

—Jamás vi a mi hermano tan feliz como últimamente. Y al verlos juntos, me convencí de que su tía sustenta los mismos sentimientos con relación a él.

Oliver convino con un gesto de cabeza. Aunque no estuviese dotado de la facultad de apreciar las emociones humanas con tanta facilidad como Ivy Greenwood parecía estarlo, también había notado un súbito cambio en su tía Felicity. Era como si los doce años de diferencia entre ellos hubiese disminuido, haciéndolo sentirse el más viejo de los dos. Por esa razón, Oliver sentía una admiración por Hawthorn Greenwood como había sentido por pocos hombres en su vida, incluyendo a su propio tío Percy, el primer esposo de lady Lyte.

—Si usted y yo somos capaces de percibirlo, ¿cómo Thorn y su tía pueden estar tan ciegos? —exigió la Srta. Greenwood.

—Me está confundiendo otra vez —Oliver se esforzó para concentrar su mente cansada en lo que Ivy estaba diciendo, en vez de prestar atención al modo en que sus ojos brillaban o la manera como movía la cabeza de un lado a otro, mientras hablaba, como un pequeño pájaro encantador—. ¿Por qué piensa qué están ciegos?

—Porque… —la joven explicó con la enorme paciencia de una maestra que enseña a un alumno particularmente atrasado—. Terminó todo con el pobre Thorn ayer.

—¡Oh, Dios mío!

—Oh, Dios mío, verdaderamente —la voz de Ivy Greenwood sonó apasionada —. Sin una palabra de advertencia o explicación. Thorn anda deambulando por ahí alterado, como si hubiese chocado de frente con un carruaje desbocado. Si no me gustase tanto su tía, me pondría furiosa con ella por tratarlo tan mal.

Mientras intentaba digerir la información recién adquirida, Oliver se vio anhelando que alguien se preocupase tanto por él, al punto de estar tan indignado como la Srta. Greenwood parecía estar por la situación de su hermano.

—¿Y dónde entra Gretna Green en todo esto?

Desde la institución de la ley de casamiento de lord Hardwick, unos sesenta años atrás, las parejas que querían casarse, contra la voluntad de sus familias, se fugaban con frecuencia a Escocia, donde la ley matrimonial era escandalosamente liberal.

—Es muy simple —Ivy le dio una sonrisa irresistible—. Estoy segura que Thorn y su tía necesitan de un poco de tiempo y privacidad para reparar todo cuanto hay de equivocado entre ellos. Pero conozco a mi hermano. Si él cree que lady Lyte no quiere nada más con él, jamás volverá a buscarla nuevamente, y puede ser exactamente lo que ella está esperando que haga, que la busque.

Oliver se restregó las sienes como si sintiese un fuerte dolor de cabeza y dudaba que cualquiera otra cosa que la Srta. Greenwood expresase lo suavizase.

Al notar que el joven científico se masajeaba la frente, un deseo misterioso alcanzó a Ivy. Sin resistir el impulso, saltó de la silla y se arrodilló a su lado. Levantando el brazo, alejó un mechón de pelo que insistía en caer sobre la frente de él.

—¿Se siente mal, Sr. Armitage?

El brillo nublado de los ojos castaños la perturbó. No había duda que el hombre no se cuidaba bien. Y por primera vez en la vida, deseó cuidar a alguien.

Su llegada precipitada y su ininterrumpido chismorreo no debían haberle hecho bien a la pobre criatura.

—No debería haberlo perturbado de esa manera. Pero cuando la idea se me ocurrió, creí que podría ser la única oportunidad de Thorn y tuve que actuar sin demora. Eso suena bastante ridículo, ¿verdad?

—Por el contrario, Srta. Greenwood —aunque parecía asustado por la proximidad entre ambos, Oliver Armitage no se movió—. Fue la primera cosa que usted dijo que entendí. A veces, cuando estoy trabajando en un determinado experimento, tengo un atisbo momentáneo sobre lo que está sucediendo o lo que puedo hacer para hacerlo diferente. Entonces, no consigo descansar, dormir o comer hasta probar mi teoría.

Para sorpresa de Ivy, una sonrisa suavizó las facciones angulosas del científico. Si él se arreglase e hiciese un esfuerzo para parecer menos sobrio todo el tiempo, Oliver Armitage podía tener a un grupo de beldades persiguiéndolo, no sólo por su fortuna, sino por sus atributos físicos.

La voz masculina se suavizó y por un momento la mirada se entretuvo sobre la cara de Ivy como una caricia.

—¿Qué destello de inspiración la trajo hasta mí, Srta. Greenwood?

Por primera vez en su vida, Ivy se vio en busca de palabras. Repentinamente, la idea de fugarse a Gretna Green con Oliver Armitage no le parecía tan divertida. Era bastante cierto que él no era el tipo de hombre que ella imaginaba, pero había algo curioso y atractivo en aquel científico que jamás había notado hasta aquel momento.

—Cuando entró aquí, me preguntó si yo me fugaría con usted —él la azuzó—.

Aún no logro entender que tiene eso que ver con su hermano y mi tía Felicity.

Aquella admisión libró la lengua de Ivy de su extraña parálisis.

—Para un hombre qué suele ser tan inteligente, parece qué no entiende mucho sobre las personas, ¿no, Sr. Armitage?

La sonrisa de él flaqueó y una sombra oscureció los ojos castaños.

—Temo que esté en lo cierto. El corazón humano es un enigma que está más allá de mi habilidad para encontrar soluciones. Quizá por la falta de práctica.

Por una extraña razón, Ivy se sintió avergonzada. Casi se disculpó por haberlo perturbado y tuvo ganas de salir corriendo de la casa de lady Lyte en ese preciso momento. Pero, entonces, recordó la mirada herida en el rostro de Thorn cuando había terminado de leer la carta de la tía de Oliver.

El querido Thorn había sido padre y madre para ella desde que el padre de ellos muriera. Ivy haría cualquier cosa para verlo feliz de nuevo como lo había sido durante los últimos dos meses.

—¿Qué cree que haría su tía si descubriese que usted partió a Escocia para casarse con una mujer joven e inadecuada? —preguntó ella.

Oliver se encogió de hombros.

—Intentaría detenerme, espero.

—¡Exactamente! —quizá su plan tuviese una oportunidad de dar resultado, después de todo. Si por lo menos pudiese contar con la ayuda del sobrino de Felicity —. Thorn haría lo mismo si yo me fugase. Tengo la certeza de que lo haría. ¿Y qué mejor oportunidad tendrían los dos para discutir sus problemas que en el largo trayecto en carruaje hasta Escocia?

Un brillo de comprensión surgió en los ojos de Oliver y una de las comisuras de su boca se alzó nuevamente.

—¿Está proponiendo que organicemos una fuga para hacer que su hermano y mi tía nos sigan hasta Gretna?

Ivy asintió con la cabeza enérgicamente.

—¿No es una idea genial? Hasta que nos alcancen, espero que sean lo suficiente sensatos para pararse delante de un clérigo y hacer los votos.

Su entusiasmo por el proyecto se reavivó.

—Tengo un talento natural para casamentera. Logré casar a mi hermana Rosemary con el hombre que le fue destinado. No fue una tarea fácil. Por un lado, ella con su disparatado orgullo, y por el otro, él con su rara dignidad. Ahora están

felices, gracias a mí. No descansaré hasta conseguir lo mismo con Thorn y su tía.

—Aplaudo su meta, Srta. Greenwood, pero…

—Llámeme sólo lvy o Srta. Ivy, si prefiere.

—Muy bien, Srta. Ivy. Sobre su plan…

—¿Es brillante, no? —casi se abrazó a sí misma.

Otra consecuencia agradable de intentar unir a Thorn y lady Lyte sería acercar a Oliver Armitage a la familia Greenwood, pensó ella. Una vez conociéndolo mejor en aquel largo viaje que harían a Gretna, tendría una idea del modelo de esposa que necesitaba. Parecía el tipo de hombre que podría precisar la ayuda de una astuta casamentera.

Sin embargo, por alguna razón, la idea de conseguir una esposa para el Sr. Armitage le dejó un gusto agrio en la boca.

Pero no disponía de tiempo para considerar el motivo.

—Si queremos tener éxito tenemos que actuar deprisa, antes de que Thorn y lady Lyte se acostumbren a la separación. ¿Puede escribir una nota para su tía y hacer la maleta inmediatamente?

—Usted sin duda está…

Otro pensamiento se le ocurrió a Ivy.

—¿Tiene carruaje propio o necesitaremos alquilar un coche?

—Nunca sentí la necesidad de tener mi propio vehículo, ya que tía Felicity siempre me prestó el suyo.

—Entonces, tenemos que contratar un carruaje. Thorn tuvo que vender los nuestros, pues eran muy difíciles de mantener —Ivy dejó escapar un suspiro de pesar. Nunca se podría esperar que el transporte contratado fuese tan confortable o seguro como los particulares.

Aún así, era un pequeño sacrificio que tendría que hacer por la dicha de su hermano.

—Tenemos que propiciar medios para que Thorn y su tía den inicio a la persecución en cuanto descubran que nos fugamos. También necesitaremos dinero, supongo. Para los cocheros, posadas y otros gastos de viaje. ¿Tiene usted algo? Mi querido cuñado me dio veinte libras para mantenerme durante la temporada. No gasté casi nada y se trata de una iniciativa qué vale mucho más la pena, ¿no cree?

Antes de que pudiese decir algo más, él levantó la mano y colocó los dedos sobre los labios de ella con una suave presión.

—Srta. Greenwood… Ivy, por favor, escúcheme. Su intención es loable, pero no puede estar hablando en serio sobre este extravagante plan. Su hermano y mi tía ya pasaron de los treinta, ambos son lo suficiente maduros para actuar por cuenta propia. Haríamos mejor en no entrometernos en una situación que no nos incumbe. Si alguno de ellos pide nuestra opinión, entonces, sí, podremos ser útiles.

¿Cómo se atrevía aquel hombre a tratarla como si fuese una niña tonta, incapaz de comprender las consecuencias de sus propios actos? Ivy luchó por controlar su indignación, mientras una parte ilógica de sí misma disfrutaba la sensación de aquellos dedos masculinos en sus labios.

Sólo porque Oliver Armitage había leído todos aquellos textos polvorientos y gruesos amontonados alrededor del cuarto, no significaba que fuera el dueño de la verdad. Él mismo había admitido ser inexperto en cuanto al funcionamiento del corazón humano y por esa razón Ivy sentía lástima por él. Prefería entender sobre cosas importantes como el amor a poseer el conocimiento de todos los libros del mundo.

Si él pensaba que la última palabra en aquel asunto sería suya, estaba muy equivocado.

Capítulo 2

Oliver despertó sobresaltado, rezando por encontrarse en su propia cama o dormido sobre la tapa de su escritorio.

Pero, en cambio, se descubrió sentado en el duro asiento de cuero, en el interior de un bamboleante carruaje. El coche había sido contratado en Bath, como vagamente recordaba, durante lo que esperaba se tratase de una pesadilla. ¿Cómo había permitido qué Ivy lo enredase en aquella loca aventura?

Casi contra su voluntad, la mirada de Oliver deambuló hasta el asiento opuesto. En el momento en que sus ojos encontraron la silueta dormida de la Srta. Greenwood, encontró la respuesta que estaba buscando en la belleza de la joven.

No era una respuesta que le agradaba.

Después de todo, pretendía ser un hombre de ciencia. Un científico debía recolectar hechos, ponderarlos y luego tomar una decisión racional fundamentada en informaciones sólidas. Hoyuelos, pelo rojizo dorado y ojos tan brillantes como dos aguamarinas no tenían lugar en semejantes deliberaciones. Y tampoco aquella cualidad incalculable, intangible, completamente dudosa conocida como encanto.

¡Ivy Greenwood no lo había encantado!, protestó el intelecto de Oliver. Solamente sacó provecho de su estado de agotamiento, lamentándose sobre el amor, la dicha y las obligaciones familiares, hasta que le prometió cualquier cosa para tener un poco de paz. Ahora que había conseguido dormir algunas horas, recuperaría su fuerza de voluntad, ordenaría al cochero que detuviese el vehículo y volviese a Bath, antes de que alguien los echara de menos.

Al deslizar la mirada demoradamente por las curvas delicadas de Ivy, sin embargo, no se sintió tan seguro. Dormida, sus facciones habían asumido un aspecto suave y cándido, que combinaba bien con su temperamento. Como una niña, estaba llena hasta los bordes de optimismo y esperanza y no paraba para pensar en las adversidades de la vida o en las consecuencias de sus impulsivas acciones.

No pudo evitar compararla con las otras muchachas que él conocía en Bath, atractivas y controladas, pero con un brillo de avaricia en la mirada que montones de abanicos temblorosos no eran capaces de esconder. Cuando ya estaba cansado con el asedio sofocante de aquellas mujeres, Ivy Greenwood entró en su vida como una brisa leve y perfumada del campo. No había duda que semejante criatura tan singular había capturado su interés.

Capturado y prendido como un rehén. Eso nunca debería haber ocurrido, porque la Srta. Greenwood no era una niña. Sus curvas encantadoras bajo el vestido de muselina eran las de una mujer, así como sus labios perfectos y tentadores.

Necesitaba concentrar todo su poder mental en los experimentos que realizaba,

sin distracciones femeninas. En resumen, necesitaba expulsar a Ivy Greenwood de su organismo.

Y no podía pensar en nada mejor que un tedioso viaje en carruaje de más de trescientos kilómetros para dejarlo hastiado de su compañía.

Satisfecho por haber encontrado una razón lógica para continuar el viaje, se reclinó en el asiento y con un suspiro satisfecho la estudió como si ella fuese algún espécimen botánico exótico.

Cuando una vocecita pedante en el fondo de su mente le censuró la patética disculpa por permitirse quedarse allí, Oliver le contestó que mantuviese sus opiniones para sí misma.

—Srta. Greenwood, ¿está despierta?

La mente nublada y medio adormecida de Ivy la hizo apreciar qué venía ignorando unos llamados semejantes hacia algún tiempo. Pero aquél era más insistente y más enojoso que los otros.

Rindiéndose a un amplio bostezo, se esforzó por abrir los ojos.

—Espero que el dosel de su cama nunca se incendie mientras esté durmiendo —dijo una cálida voz varonil, con apenas una nota de aspereza—. Duerme tan profundamente como cualquier animal que hiberna.

Ivy se desperezó y restregó los ojos.

—Lo siento, Thorn. ¿Qué hora es?

—El sol ya casi se está poniendo —contestó la voz—. Y no soy su hermano. Felizmente para usted, no nos ha alcanzado… aún.

Los ojos de ella se abrieron como platos.

—¡Sr. Armitage!

Ivy contempló el interior oscuro del carruaje.

—¿Qué…? ¿Cómo…? —su corazón corrió tan rápido como el trote de los caballos en la carretera, mientras luchaba por ordenar sus pensamientos.

Santo Dios, ¿qué había hecho?

—Ya dejamos atrás Avon —dijo Oliver Armitage en un tono tranquilo y paciente, pero la línea retorcida de su boca sugería que se estaba divirtiendo a costa de ella—. No estamos muy alejados de la frontera, pero es hora de parar en algún lugar para cenar y dormir. Newport sería una buena opción. Considerando que queda al norte de la ruta de la provincia, no tendremos mucha dificultad en contratar transporte por la mañana.

¿Cenar? ¿Dormir? El recuerdo de lo que había hecho alcanzó a Ivy, despertándola de una vez. Las consecuencias de su locura amenazaron sojuzgarla.

—Conozco una buena posada donde podemos cenar —el Sr. Armitage sonó más entusiasmado por la aventura que ella cuando lo buscó en el laboratorio—. Sin embargo, sería mejor que no pasemos la noche allí.

¿Dormir con él? No era de admirar que pareciese tan satisfecho de repente. Cuando empezó a elaborar aquel plan, Oliver Armitage le había parecido el cómplice perfecto. Tranquilo, estable, formal, el tipo de compañero con quien su honor estaría seguro. No un granuja que intentaría sacar provecho de la situación.

Quizá todos los hombres en el fondo fuesen sinvergüenzas. Aquel enorme error de cálculo recayó sobre ella como un alud amenazando sepultarla.

—¿Cómo permitió que hiciese tal cosa? ¿No se paró a pensar qué pasará si Thorn y su tía vienen tras nosotros? Estaremos arruinados. Y, probablemente, mi hermano lo desafiará a un duelo o peor, insistirá en que se case conmigo para salvar mi reputación.

Estar atada por el resto de su vida a un intelectual frío y nada romántico la colmó de abatimiento.

—¿Por qué no intentó impedirme cometer esta enorme tontería? Siempre fui propensa a hablar y actuar antes de pararme a pensar. ¡Pero usted es un científico, debería tener más cordura!

—¡Bien qué intenté disuadirla, niña tonta! —en la oscuridad, chispas verdosas parecían llamear en los ojos castaños de Oliver. Sus facciones asumieron una expresión afilada, amedrentadora y estimulante al mismo tiempo. Su voz resonó cruda como el látigo del cochero—. Pero fue lo mismo que intentar decirle a un río que no anegue sus riberas o advertir a un huracán que no cause mucha destrucción. ¿Nunca se le ocurrió qué debería haber organizado esta falsa fuga con un hombre con quién estuviese dispuesta a casarse, en caso de que surgiese lo peor?

La explosión de Oliver la arrojó hacia atrás en el asiento, estupefacta y extrañamente despierta.

En el silencio que siguió, Ivy lo oyó murmurar algunas palabras que por cierto no pretendía decir en voz alta.

—Sé que soy el último hombre en Bath que una hermosa joven desearía por esposo. No necesita repetirlo.

Un rubor tiñó las mejillas de Ivy Greenwood. ¿Hermosa joven era su opinión sobre ella? Niña tonta se acercaba más a la verdad. ¡Había sido una perfecta idiota!

—Tonterías. Es que no soy lo bastante buena para usted.

El Sr. Armitage tendría más que perder en aquella historia que ella, pensó afligida. ¿Y si lady Lyte no hacía las paces con Thorn? ¿Y si la tía desheredaba a su sobrino cómo castigo por tomar parte en aquella ridícula travesura? Ivy sabía que jamás se perdonaría si tal cosa sucediese.

Inclinándose hacia adelante, alcanzó el espacio angosto entre los dos asientos y agarró la mano de Oliver.

—Siento mucho haberlo implicado en esta locura. Y lo siento más aún por esperar que me impidiese hacer esta tontería, cuando, en realidad, debería ser responsable de mis propios actos. ¿Cómo puedo compensarlo por todo este trastorno?

Oliver sofocó una sonrisa. No se arriesgaría a contarle que tipo de compensación deseaba.

La seducción podía ser inmensurable e intangible, pero no podía negar su existencia. Ni el hecho de que Ivy poseía ese poder misterioso en abundante cantidad. ¿Cómo aquella joven había sido capaz de transformar su furia en deleite y desarmarlo con apenas algunas palabras de remordimiento y un toque impulsivo en su mano?

Un día la ciencia descubriría ese enigma y lo traduciría en una simple ecuación que tendría perfecto sentido, pero esperaba que tal sacrilegio no sucediese en sus días.

Por lo menos Ivy Greenwood había sido sincera sobre no querer ningún compromiso con él. Era mejor que hacerse la coqueta, diciendo tonterías sentimentales y pretendiendo su fortuna.

—Quédese tranquila —dijo golpeando levemente su mano y liberándola mientras aún podía—. La situación no es tan horrible como parece. Y usted no apuntó una pistola a mi cabeza, obligándome a acompañarla. Sin embargo, considerando ambas partes, estamos complicados hasta el cuello. Si pretendemos hacer que la cosa valga la pena, hemos que trabajar en conjunto. ¿Cierto?

—Cierto —Ivy se irguió con un suspiro de alivio—. Eso suena como si usted tuviese algún plan de acción en mente.

Más allá del oeste, detrás de las colinas Severn y Welsh, el sol de mayo se puso, en el horizonte. Aunque Oliver no pudiese ver la expresión de Ivy, sintió el interés de ella aumentar. ¿Sería alguna atracción de personalidad similar al magnetismo?, deseó saberlo.

—Plan… sí. Propongo que paremos en la posada King's Arms en Newport y cenemos allá. Si mi tía nos sigue, será el primer lugar en el que preguntará por nosotros. Nos hospedamos allá con frecuencia cuando viajamos desde Bath hasta su casa de campo.

Ivy lo aplaudió.

—Y quiere dejar un rastro claro para que ellos nos sigan. ¡Muy inteligente!

El tono sincero de admiración en la voz de la joven alcanzó la cabeza de Oliver como una dosis de coñac en un estómago vacío. Nunca había apreciado cuan intoxicante era sentirse evaluado por sus méritos y no por la fortuna que un día heredaría.

—Eso no es todo —resistió el deseo de ufanarse, pero falló terriblemente—. Mientras cenamos, tenemos que conversar diciendo que pretendemos pasar la noche en Gloucester. Quizá podamos preguntar al mesonero donde podríamos adquirir caballos para continuar nuestro viaje.

—¿Pero… nosotros… no vamos?

Oliver sacudió la cabeza.

—Necesitamos asegurarnos de que tía Felicity y Thorn nos seguirán… juntos. En caso contrario, debemos colocar nuestras cosas de vuelta en el carruaje, regresar a Bath e inventar una historia plausible para evitar un escándalo.

¿Por qué la perspectiva de desembarazarse de todo aquel lío no le sonaba tan atractiva?, se preguntó Oliver mientras pensaba.

—Hummm… Entiendo lo que dice.

La entonación de Ivy dejó claro que ella aún no seguía su razonamiento completamente.

—Pasaremos la noche en el Green Dragon y permaneceremos en vigilia —explicó—. Si Thorn y tía Felicity nos vienen a buscar, decidiremos que hacer allí mismo.

—Suena bastante coherente, de hecho —la acotación de Ivy asumió un tono un poco dudoso—. Cuándo dice pasar la noche, ¿qué tiene en mente?

Gracias a Dios ella no había decidido hacer aquélla pregunta durante la cena. ¡Si estuviese bebiendo una cerveza o un vaso de vino, Oliver temía no ser capaz de tragarse el líquido y acabar escupiéndolo por la nariz! Allí, por lo menos, bajo la protección benevolente de la oscuridad, podía sonrojarse y salivar sin ser visto.

—Por… por una serie de razones, pienso que sería mejor que compartamos un cuarto. Puedo pedir una habitación con una ventana que dé a la calle. Dudo que alguno de nosotros tenga sueño después de dormitar toda la tarde en este carruaje. ¿Estaría de acuerdo en que nos dividiéramos en turnos de unas tres horas, más o menos? Aquél que termine puede hacer uso de la cama.

Ivy sonrió.

—¿Es a eso que las personas se refieren cuándo dicen que una dama compartió la cama con un caballero?

—¡Srta. Greenwood! —Oliver logró proferir, antes de sentir el cuello de la camisa casi estrangularlo. Ya estaba siendo muy vapuleado por sus propios pensamientos, no necesitaba que ella lo atormentase aún más.

—Oh, por favor, no seamos tan formales. Nos estamos fugando a Gretna, ¿recuerda? Y si nuestro brillante plan da resultado, como de seguro dará, pronto estaremos envueltos en algún tipo de parentesco por el casamiento de nuestros seres queridos y entonces…

—¿Entonces? —Oliver no estaba seguro de si le gustaría oír lo que ella tenía que decir.

Un tibio brillo que provenía de las ventanas iluminadas de las casas y tiendas dejó claro a Oliver que ya estaban transitando en Newport. Después de conversar en la oscuridad por algún tiempo, ahora podía ver el rostro de Ivy claramente otra vez. La súbita visión lo hizo contener la respiración.

¿Cuántos jóvenes en Bath renunciarían a la mensualidad de un año por cambiar de lugar con él? Sin embargo, ninguno de ellos sería lo bastante tonto para compartir una cama en turnos diferentes con la Srta. Greenwood.

Una punzada de duda lo alcanzó. ¿Sería un viaje hacia los confines de la Tierra suficiente para hartarlo de la compañía efervescente de Ivy Greenwood?

—¿Entonces? —logró preguntar nuevamente, sintiendo la boca seca.

—Entonces —los ojos de ella brillaron más luminosos que las estrellas de la noche—. Tengo planes promisorios para usted, mi querido Sr. Armitage.

Capítulo 3

—Querido Sr. Armitage, ésa fue la representación más brillante que he visto en toda mi vida —dos horas después de que el cochero los dejara en Newport, Ivy se concentraba en impedir que sus palabras se deslizasen sin control como vino en el fondo de una jarra—. No hay alma viva en King's Arms, desde los caballerizos a los camareros, que no vayan a contarle a Thorn y Felicity que partiremos a Gloucester hoy por la noche.

Los pies de ella parecían mucho más apartados que lo habitual. Lo que hizo a Ivy recordar su infancia en Barnhill, tambaleándose alrededor en un par de zancos que Thorn le construyó. ¿Habría bebido demasiado? El pensamiento la hizo reír.

Lamentablemente, no parecía capaz de reírse y caminar al mismo tiempo. Por lo menos no con un poco de gracia.

—¡Cuidado, muchacha! —Oliver la agarró por el brazo cuando ella tropezó—. Quizá sea mejor que yo asuma el primer turno, así usted puede dormir un poco.

Ivy se apoyó en él y exhaló un suspiro agradecido. Para un hombre tan inteligente, no era de hecho un sujeto raro, especialmente después de tomar una copa de vino y empezar a hablar sobre sus investigaciones. Muchas de las cuales Ivy no comprendió, pero eso sólo avivó su curiosidad. Como lo incitara con una pregunta tras otra, él le narró su pasión por los descubrimientos.

Animado y excitado, sus facciones asumieron un aspecto atractivo que la cogió por sorpresa. Oliver jamás sería el tipo de hombre guapo, misterioso, audaz y peligroso que siempre la había atraído. Pero había cierta distinción en sus expresivos y bien esculpidos rasgos y sus ojos alertas y penetrantes que de alguna manera ofuscaba el brillo de aquellos canallas trigueños.

—¿El primer turno? —le llevó algunos segundos concentrarse y entender lo que él quiso decir—. Oh, desde luego. Intentaré dejarle la cama calentita para cuando venga a dormir. Sabe, sería un cómplice perfecto, incluso si no fuese el sobrino de Felicity.

Los dos entraron en la posada Green Dragon, donde Oliver había conseguido un cuarto antes de llevarla a cenar. Al hablar con el mesonero, le dijo que eran recién casados de luna de miel e Ivy casi soltó una carcajada. Ahora la idea no le parecía tan graciosa.

—¿Perfecto en qué sentido? —murmuró Oliver, guiándola hacia arriba por los angostos peldaños.

Agradeció el calor, la fuerza y la firmeza de aquel brazo musculoso.

—Perfecto en el sentido táctico de mi estrategia —ella se recostó en la pared

cuando él abrió la puerta del cuarto—. Tramé este plan grandioso, tan lleno de agujeros como un cedazo. Y usted enmendó todas las brechas para hacerlo retener el agua.

—Somos una excelente pareja, ¿no? A mí no se me hubiese ocurrido la idea de inventar semejante plan.

Oliver encendió una vela que proyectó sombras bailables alrededor del cuarto. La habitación era tan minúscula que sólo había lugar para pocas piezas de mobiliario, compuestas por una cama angosta, una cómoda lavatorio y una sola silla.

Librándose del sombrero y la capa, Ivy se tambaleó los pocos pasos que la separaban de la cama, luego se desmoronó sobre el colchón.

—No está muy acostumbrada a beber, ¿verdad?

Oliver le sacó los zapatos y la cubrió con una manta extra que se encontraba a los pies de la cama.

Cuando aproximó la manta a los hombros de ella, sus manos se demoraron allí durante un segundo, en un contacto suave, casi una caricia. Ivy deseó saber si enseguida él presionaría los labios sobre su frente, en un beso de buenas noches. Cuando Oliver por fin se alejó y arrastró la silla hasta la ventana, ella no sabía si se sentía aliviada o afligida.

—Thorn siempre solía meterme en la cama, cuando yo era niña —el murmullo somnoliento de Ivy resonó en la oscuridad tras Oliver.

Anheló que ella se durmiese. Así, a lo mejor pudiese concentrar sus pensamientos en algún enigma científico, como la relación entre la electricidad y el magnetismo, y olvidar que estaba allí.

Esa noche, mientras cenaban en la King's Arms, había sentido algo como un crepitar de electricidad estática entre ambos. La curiosidad de Ivy por sus pesquisas despertó su entusiasmo, encendiendo una carga positiva en la charla que el nutrió. Ahora, el hecho de saber que ella se encontraba acostada tan cerca, suave, tibia y adormecida, le despertaba una fuerza tan poderosa como la atracción de un imán por un trozo de hierro.

—Una tarea extraña para un hermano —meditó Oliver, dudando que ella estuviese consciente para oírlo—. ¿Por qué Thorn la preparaba para dormir, en vez de su madre o su padre?

—No me acuerdo de mi madre —las palabras somnolientas sonaron nostálgicas. ¿O él estaría leyendo sus propios sentimientos en ellas?—. Acababa de ser destetada cuando ella murió. Mi padre estaba siempre en Londres por negocios. Teníamos criados, por supuesto, pero Thorn y Rosemary se encargaron de cuidar de mí. A veces, pienso que mis hermanos renunciaron a su propia infancia para que yo pudiese vivir la mía. Es por eso que ahora quiero tanto ayudar a Thorn. Tuvimos

tiempos felices… —en un tono suave y soñador, Ivy refirió una sarta de palabras luminosas que lo envolvieron, hasta que él casi sintió que había formado parte de aquellos veranos dorados y despreocupados en Barnhill. Incluso el nombre de la propiedad de los Greenwood en Buckinghamshire suscitaba el olor del heno recién segado y el mugido distante de un rebaño en una tarde soleada.

—¿Y usted, Oliver? —preguntó ella, al final—. ¿Dónde estaba su casa? ¿Tiene otros parientes aparte de su tía?

—No.

La respuesta sonó tan gélida, tan cargada de autocompasión, que parecía una tontería ya que él nunca se permitía pensar sobre el asunto.

—Mi padre era oficial del ejército en la India. Fue allí donde nací. Aún sé hablar algunas extrañas palabras en hindi que aprendí con mi niñera. Mis padres me enviaron a la escuela en Inglaterra en cuanto crecí lo suficiente para hacer el largo viaje. El clima allá era difícil para los niños descendientes de ingleses.

Contemplando las sombras de la calle, Oliver se acordó de cuando había partido a bordo de un barco, en medio de extraños, rumbo a una tierra distante y desconocida para él. Su niñea llorando en el muelle, mientras su madre hacía señas con un pañuelo, con la cara tan pálida como aquel trozo de tejido blanco que ondeaba.

—Sus padres ya no están en la India, ¿cierto? —preguntó Ivy.

Oliver negó con la cabeza.

—Mi padre murió en la tercera guerra del Mysore.[1]

—Oh, lo siento.

—Yo no lo sentí. Apenas me acordaba de él. Me sentí contento, porque eso significaba que mi madre podría volver a Inglaterra.

Después de una larga pausa que lo hizo pensar que ella se había dormido, Ivy preguntó:

—¿Y ella volvió?

Por primera vez en casi veinte años Oliver se vio obligado a proferir aquellas palabras.

—Se ahogó en un naufragio en el viaje de vuelta a casa.

En silencio, imploró para que Ivy no le ofreciese sus condolencias. Con el vino

[1] Mysore (Maisuru em canarés) es un distrito y una ciudad del estado de Karnataka, en la India. Se encuentra en el sur del país. Tiene alrededor de 833.000 habitantes. Fue capital del estado hasta 1831.

en el estómago y las emociones agitadas a un nivel que normalmente intentaba evitar, acabaría desmoronándose y llorando como un muchacho de escuela. El tipo de cosa que pocas veces se permitía hacer en la vida. Sólo bien tarde, durante la noche, como ahora. En cuartos oscuros, estrechos y oliendo a moho como aquél.

¡Había sido dos veces necio en dejarse envolver en la travesura impulsiva de la Srta. Greenwood! Si por lo menos Thorn y su tía Felicity permaneciesen en Bath como personas sensatas, podría llevarla de vuelta a la mañana siguiente y lavarse las manos con relación a esa loca aventura.

Casi como si ella pudiese leer sus pensamientos, Ivy habló:

—¿Entonces se fue vivir con lady Lyte?

—¡Cielos, no! —Oliver se sacó los anteojos y restregó los ojos con el dorso de la mano—. En aquel tiempo, Felicity aún no era mi tía. De vez en cuando el tío Percy se acordaba de mí. Era el hermano menor de mi madre. Entonces me mandaba a buscar para pasar las fiestas en su residencia en Staffordshire. Pero no siempre podía contar con ese recuerdo o con el dinero de mi tío para financiar tales idas y venidas. Una vez casado con Felicity, pasó a administrar la fortuna de su esposa. Fue ella quien organizó todo para que yo pasase todas las fiestas y veranos en su compañía.

Desde entonces, todas aquellas lágrimas no derramadas se habían instalado y congelado en su corazón. Oliver se había convertido en una versión infantil del hombre que era actualmente: atento, retraído y con la nariz enterrada en los libros la mayor parte del tiempo.

Con menos de doce años de diferencia de edad entre ambos, Felicity jamás intentó mimarlo o algo parecido. Pero había sido ella quien le proporcionó el primero gusto real de la vida en familia. Desarrolló lazos más íntimos con su tía que con cualquier otra persona. Fue con gran pesar que presenció el fin del matrimonio de ella, cuando la pobre mujer no pudo darle un heredero a su esposo.

En ese instante, Oliver oyó a Ivy susurrar, más para sí misma que para él:

—Sé que mi hermano puede hacerla feliz, si ella lo permite, por supuesto.

—Ivy, Ivy, Ivy —una risa mordaz escapó de los labios masculinos, cuando él se irguió de la silla y se desperezó—. Si fuese tan simple…

¿Estaría hablando sobre Thorn y Felicity?, Oliver deseó saberlo mientras se colocaba los anteojos de vuelta sobre la nariz y escudriñaba la calle desierta una vez más. ¿O de sí mismo? Ciertamente, no podía ser tan simple como dejar a una mujer hacerlo feliz.

Sólo podía imaginar una persona que desempeñaría bien esa tarea. Y dudó que ella estuviese dispuesta.

* * *

¡Él roncaba! Cuando los primeros débiles rayos de luz del amanecer entraron por el vidrio de la ventana de la posada, Ivy se llevó la mano a la boca para sofocar una risa. Parecía imposible que un modelo de perfección de intelecto y decoro como Oliver Armitage hiciese algo tan humano como eructar o roncar.

No obstante, para ser franca, le gustaba aquel sonido cadencioso que aseguraba que él estaba durmiendo pacíficamente. El pobre muchacho merecía un poco de paz, después del motín que ella había causado en su vida pacata, en las últimas dieciocho horas. Excepto por algunos lapsos perdonables, él había sido parte valiente y alegre de aquella impulsiva iniciativa.

Por algunos instantes, Ivy desvió la atención de la calle desierta para contemplar a su compañero de viaje, que reposaba de lado, con el rostro vuelto en su dirección.

Sin los anteojos y con las facciones relajadas por el sueño, Oliver Armitage parecía mucho más joven que sus veinte y tantos años. Podía hasta imaginarlo vestido en un uniforme escolar, con la nariz presionada en el vidrio de una ventana, esperando que el carruaje de su tío lo viniese a buscar para las fiestas. Y cuando eso no pasaba, podía imaginarlo escondiendo la cara tras un libro para que nadie observase su decepción.

El pensamiento le provocó un dolor extraño. Luchando contra el deseo de abrazarlo y ofrecerle consuelo, que llegaría con el atraso de por lo menos unos doce años, Ivy se forzó a mirar por la ventana.

Aún no había ninguna señal de actividad en la posada. ¿Toda aquella aventura no habría quedado en nada, salvo colocarlos en un hervidero de escándalo?

Oliver masculló algo y rodó hacia el otro lado. El sonido atrajo la mirada de ella de vuelta a la cama. Esa vez, el joven científico empujó la manta hacia abajo y tenía los miembros relajados. Por cierto, en alguna hora de la noche, se sacó la corbata y los primeros botones de su camisa se encontraban abiertos. La pieza de vestuario arrugada y abierta revelaba buena parte de un pecho sorprendentemente musculoso y levemente recubierto por una fila de vellos oscuros.

Si el hecho de contemplar aquel atractivo rostro la hizo imaginar un niño sufrido y antisocial, una mirada rápida a ese pecho desnudo la hizo percibir qué Oliver Armitage ya no era un niño y, sí, un hombre hecho y derecho.

Se tragó el nudo que de repente se instaló en su garganta. ¿El pequeño y sofocante cuarto se ponía aún más caluroso de hora en otra? Quizá el mesonero había encendido la chimenea en el piso inferior.

El impulso de acostarse en la cama al lado de Oliver se volvió más fuerte que nunca.

¡No seas estúpida! se increpó. Cuando decidas encontrar una esposa apropiada para el Sr. Armitage, una muchacha como tú sería la última en formar parte de la lista de pretendientes.

Aunque raramente escuchaba la voz de la razón, esa vez Ivy se dio cuenta de que no podría ignorarla. La excitación del último día debía estar revolviendo su mente, pensó.

Su atención estaba tan dedicada a Oliver, que al principio no percibió los ruidos que venían de la calle. Cuando al final desvió la mirada una vez más a la ventana, había un carruaje detenido en la puerta del King's Arms. ¿Serían ellos?, se preguntó.

El entusiasmo la hizo saltar de la silla y cruzar rápidamente la corta distancia que la separaba de la cama.

Olvidándose de todas las advertencias de su hermana para no despertar con brusquedad a una persona dormida, agarró los hombros de Oliver y lo sacudió con violencia.

—¡Despierte! ¡Despierte! Creo que ellos están aquí. ¡Venga a decirme si aquél es el carruaje de su tía!

—¿Qué…? ¿Quién…? —se levantó de repente, casi golpeando su frente contra la de ella.

—Hay un carruaje parado en la calle —Ivy lo agarró por el brazo y lo arrastró en dirección a la ventana—. No puedo imaginar por qué alguien estaría fuera de casa en una hora así. ¿Es su tía?

Oliver tanteó el tocador, cogió los anteojos y se los colocó sobre la nariz.

—Creo que…

Antes que pudiese emitir otra palabra, la figura familiar, de un hombre alto abrió la puerta del carruaje y ofreció la mano a una conocida señora que emergió del interior.

—¡Son ellos! —gritó Ivy—. ¡Y están juntos! —una ola de alivio la alcanzó como un viento fuerte del Atlántico, barriendo todo cuanto había por delante: razón, decoro, precaución. Entonces, sin pensar en más nada, alzó los brazos, rodeó el cuello de Oliver y lo besó con un ímpetu que la tomó por sorpresa.

Capítulo 4

Por primera vez desde que puso los pies en Inglaterra, hacia más de quince años, Oliver Armitage cedió a las órdenes del corazón y no a las de la razón. Cuando Ivy lo envolvió en sus brazos con el cuerpo esbelto vibrando de alegría y excitación, él no se resistió y se entregó a aquel beso sin vacilación ni reservas.

La presión de los labios suaves y tibios le sojuzgó los sentidos con tal fuerza, que lo excitó y lo alarmó al mismo tiempo. Quizá no con la misma intensidad, pensó. La excitación surgió más rápido, impulsando sus brazos a rodearla, la boca a contestar de un modo que él desconocía, pero que de alguna manera le pareció correcto.

Suspirando, se inclinó hacia adelante para abrazarla más intensamente. Sus labios se entreabrieron, incitándola a hacer lo mismo. Con una de las manos, metió los dedos en las hebras sedosas de los cabellos de Ivy, y con la otra la envolvió por la cintura.

El deseo lo alcanzó con la velocidad y la energía de una violenta reacción química. Sintió el pulso acelerarse y las fosas nasales parecían querer consumir tanto oxígeno como fuese posible. Su cabeza giró en un vértigo delicioso, quizá porque toda la sangre de su cuerpo fluía directamente a una región situada en la mitad inferior de su anatomía.

—Oh, lo siento —tan abruptamente como se lanzó sobre él, Ivy lo apartó—. Permití que la excitación se apoderara de mí.

No había sido sólo ella, pensó Oliver.

Aquellas palabras lo alcanzaron con el impacto de un balde de agua helada sobre la cabeza, haciendo que su precaución atrasada lo dominara otra vez. Cualquier poder capaz de romper la barrera de reserva que le llevó años levantar alrededor de sí mismo era muy peligroso para arriesgarse.

Decidido a reaccionar, alejó las manos de Ivy y buscó colocar el máximo de distancia que la pequeña habitación permitía entre los dos.

—Quien tiene que pedir disculpas por haber correspondido de esa manera soy yo. Creo que aún estaba somnoliento y imaginándome en algún sueño.

Un súbito rubor tiñó el rostro de la Srta. Greenwood, pero al mismo tiempo una sonrisa traviesa hizo que las comisuras de sus labios se curvasen, provocando un par de encantadores hoyuelos.

—Debe tener sueños… muy estimulantes, Sr. Armitage. Sospechoso que es un hombre que esconde sentimientos muy intensos.

¿Cómo se atrevía Ivy a provocarle esa inmensa corriente de sensaciones irresistibles y después reír por que él se hubiera rendido?

—¿Me encuentra divertido, Srta. Greenwood? —atrapando la corbata que se encontraba botada en el suelo, la entrelazó alrededor del cuello tan apretado como un torniquete. Quizá eso mantuviese el flujo de su sangre en su lugar.

—Claro que lo encuentro divertido y muchas otras cosas agradables también —rehusándose a amedrentarse por el tono frío y la mirada malhumorada de Oliver, Ivy lo desarmó con su sinceridad, mientras recogía los zapatos, la capa y el sombrero —. No soporto a los hombres que no sean capaces de divertirme de vez en cuando.

¿Cómo podría enfadarse cuándo la joven parecía estar haciéndole un cumplido sincero? ¿Y a qué "otras cosas agradables" aparte de divertirla se estaría refiriendo? Mientras la lógica insistía para que no se preocupase, una curiosidad tonta lo incitaba a descubrirlo.

Determinado a resistir, Oliver cambió de tema para distraerse:

—Debo admitir que su plan para unir a mi tía Felicity y a su hermano parece estar siendo exitoso. Ayer por la noche, juraría que la probabilidad de que los dos aparecieran juntos por aquí era mínima.

Ivy contestó a esas palabras con el tipo de sonrisa radiante que la mayoría de las mujeres reservaba para alabanzas sobre su apariencia. Aunque era insensato comparar la sonrisa de cualquiera otra mujer con la de la Srta. Greenwood, meditó Oliver. Ella las superaba sin ninguna dificultad.

—Puede entender sobre probabilidades y otros asuntos, señor —un brillo travieso iluminó los ojos verde azulados—. Pero quizá ahora admita que tengo cierto conocimiento sobre los misterios del corazón.

—Admito que sí —quiso tener la valentía de pedirle que le explicara las emociones confusas que lo arrastraban en varias direcciones, tomando en consideración que había sido ella quien las provocara, pero quizá fuese más sabio evitar el tema.

—¿Bien? —Ivy hizo señas con la cabeza hacia la ventana—. Dijo que decidiríamos que hacer, una vez que descubriésemos que Thorn y Felicity nos estaban siguiendo. Están en nuestro rastro, y juntos. Sin embargo, después de ayer, espero que quiera llevarme hasta la calle, entregarme a mi hermano y acabar pronto con esto.

Parte de sí quería, sin duda, pensó Oliver. Era el elemento racional que regía su vida hace muchos años. La otra, extraña a su naturaleza, resistía la idea de abandonar aquella aventura imprudente y la idea de separarse de Ivy Greenwood antes de lo necesario.

Además, estaba la tía Felicity a quien considerar. Quería verla feliz y algo le

decía que Thorn Greenwood era el hombre correcto para tal tarea. Por toda la bondad que ella le dedicaba, Oliver sabía que su tía era una mujer con una personalidad fuerte, que no se dejaría persuadir a través de medios comunes.

—Admito que no tomé en cuenta todas las molestias que envuelve un viaje hasta Gretna —dijo Ivy—. No me estoy refiriendo a mí, pero usted lo va a encontrar incómodo y tedioso. Ya vino hasta aquí prácticamente obligado. Si continuamos, quiero que sea por su libre y espontánea voluntad.

Aventurando una mirada en su dirección, Oliver vio su imagen reflejada en aquellos ojos verde azulados y apenas se reconoció. Una vez más sintió la sutil electricidad y la fuerza magnética entre dos polos opuestos de emoción e intelecto.

—Como dice el dicho: perdido por cien, perdido por mil —aunque dijo las palabras en un tono casual, Oliver tenía conciencia del serio paso que acababa de dar. Se estaba comprometiendo con aquella loca aventura. Con la mujer que representaba un enigma tan desafiante como cualquier investigación científica. Había sido una total pérdida de tiempo pensar que aquel viaje a Gretna sacaría a Ivy Greenwood de su organismo.

A menos que fuese muy cuidadoso, sospechaba que la compañía constante de aquella mujer podría convertirse en un vicio.

—La vida va a parecer bastante monótona después de esta aventura, ¿no cree?

Mientras el carruaje traqueteaba en dirección a Tewkesbury, Ivy inspeccionó la cesta de comida que había comprado apresuradamente en las tiendas en Gloucester. Sacando una pastel de pollo, sirvió un pedazo a Oliver, en una servilleta.

—Mi vida, quizá —contestó él, aproximando el pastel a la nariz para inhalar su delicioso aroma—. En cuanto a usted, creo que tiene el don de transformar el día más sombrío en una aventura, no sólo para sí misma sino para todos los que la rodean.

Otro hombre podría haber hecho aquel bonito halago de un modo florido, pero Oliver habló con un aire serio y comedido que la alcanzó de lleno en el corazón.

Con la boca llena por el bocadillo de jamón, no pudo dar ninguna respuesta sino curvar los labios cerrados en una sonrisa. De hecho, solía dar lo mejor de sí para estimular su propia vida y la de los que vivían a su alrededor. Sin embargo, en términos de estímulo, nada se comparaba a ese viaje con Oliver Armitage.

Quizá fuese a causa de la emoción de la persecución y el posible casamiento entre Thorn y Felicity. Nada la hacía sentirse más feliz que jugar a cupido con un hombre y una mujer hechos el uno para el otro, pero que no poseían la conciencia de tal hecho.

Tragando la comida bien masticada, tomó un trago de cerveza.

—¿Cree qué haya alguna posibilidad de ser alcanzados?

En el transcurrir del viaje, habían parado en Gloucester para contratar otro coche, comprar comida y sobornar a un mesonero para decir que habían pasado la noche anterior en su establecimiento, en caso de que alguien preguntase.

—Es posible —dijo Oliver—. El carruaje de mi tía es bastante rápido. Con el cambio frecuente de caballos, Thorn y Felicity no perderán mucho tiempo. Tenemos que admitir que ellos no se conformarán con quedarse un día de viaje atrás.

—¿Pero en verdad no estamos un día de viaje adelante? —¿por qué sentía un temblor incómodo cada vez qué pensaba en la posibilidad de ser atrapada y llevada de vuelta a Bath? Thorn estaría molesto con ella, por supuesto, pero su hermano nunca podía estar furioso por mucho tiempo.

—Estoy rezando para que no descubran cuan cerca estamos —Oliver tomó un trago de la cerveza—. Ahora que estoy satisfecho por que ellos están en nuestro rastro, creo que deberíamos intentar poner un poco más de distancia entre nosotros. Si viajamos durante la noche, por la mañana estaremos cerca de Birmingham. No será una noche de sueño muy confortable, temo…

—Por la dicha de mi hermano, estoy dispuesta a pasar por el sufrimiento de una noche más sin dormir.

Por lo menos eso les ahorraría cualquier preocupación sobre buscar una posada, meditó Ivy. Cuando el Sr. Armitage había informado al propietario de la Green Dragon que eran recién casados en luna de miel, sintió arder la cara. Y, enseguida, el calor de aquel rubor se esparció, por su cuello, senos y vientre. Y eso fue antes de experimentar la intensidad inconsecuente del beso de Oliver.

Hambrientos, comieron el resto de la comida en silencio, cambiando un mirada de vez en cuando, pero la mayor parte del tiempo, se atenían a admirar el paisaje de las tierras bien cultivadas del valle de Gloucester a través de las ventanas abiertas del carruaje.

—Mañana a eso del mediodía deberíamos estar llegando a Trentwell, donde está la casa de campo de tía Felicity —observó Oliver, mientras Ivy guardaba los restos de la cena en la cesta—. Podremos parar ahí el tiempo suficiente para hacer una comida decente y tomar un baño. Aprovecharé la oportunidad para coger algunos documentos que olvidé allá el verano pasado.

—¿Suele continuar sus investigaciones incluso durante el verano? —preguntó Ivy.

Asintió con la cabeza.

—Es mi trabajo. Durante el invierno en Bath me atengo a las pesquisas

científicas en varias áreas diferentes, pero en verano me concentro en las ciencias aplicadas. Estuve escribiendo un libro sobre la rotación de cultivos y estoy trabajando en una fórmula para una nueva cobertura de cerámica.

Aunque no encontraba aquélla investigación práctica tan interesante como algunos de los asuntos científicos que habían abordado la noche anterior, durante la cena, Ivy aún así le dedicó la atención debida y lo estimuló con preguntas que esperaba que él no considerase idiotas. De repente, se vio admirando la dedicación de aquel hombre a su estudio. Era fácil percibir qué Oliver Armitage no se movía por la ambición, por oro o por gloria, sino por ideales nobles como dominar un desafío intelectual y encontrar modos de mejorar el sustento de los vecinos.

Afuera, la tarde lentamente se transformaba en noche y un viento fresco penetró por las ventanas abiertas. Ivy se acomodó la capa más cerca de sí.

—¡Sus dientes están castañeando! —comentó Oliver, haciendo una pausa en sus explicaciones sobre la fabricación de porcelana.

Ivy intentó apretarlos.

—Se está poniendo un poco frío, pero estaré bien.

—Tonterías —desde las sombras la mano de él alcanzó su brazo y la tiró al asiento a su lado—. No denominaron a este artículo de vestuario como "sobretodo" por nada. Puede acomodar fácilmente a dos personas siempre que no sean muy corpulentas.

Ivy abrió los labios para protestar, pero todo cuanto emergió de su boca fue un suspiro cuando el calor del abrigo de Oliver la envolvió. ¿Cómo podría protestar contra aquella intimidad necesaria, cuándo ya los había sumergido en un escándalo en potencia, llevándose al sobrino de lady Lyte hacia Gretna?

—Gracias —se acomodó contra el costado masculino, deleitándose con el calor reconfortante que aquel brazo fuerte irradiaba alrededor de sus hombros temblorosos—. Ha sido más gentil conmigo de lo que merezco. Prometo que voy a recompensarlo por todo esto. Una vez resuelta la situación de Thorn y Felicity, haré todo cuanto esté a mi alcance para encontrarle una esposa perfecta.

La proximidad entre ambos y el sutil olor masculino le disiparon el frío de una manera que ni todas las capas del mundo serían capaces de conseguir.

—¿Qué le hace pensar qué necesito una esposa? —Preguntó Oliver, e Ivy percibió una nota de irritación en su voz, que sonó muy cerca de sus oídos—. ¿O qué quiero una?

Por alguna extraña razón la segunda pregunta de Oliver la dejó vagamente mareada. Quizá aquel bocadillo de jamón no había sido bien digerido.

—Puede no querer una esposa —la respuesta escapó de repente—. Pero con

certeza necesita una para ocuparse de los asuntos prácticos mientras usted se concentra en su trabajo. También para evitar que tenga hambre o pase las noches sin dormir. Además, ¿nunca siente la necesidad de una mujer en su cama?

Los músculos del brazo de él se endurecieron y un suspiro profundo resonó en el interior del carruaje.

—¿Tiene alguna idea de lo qué me está preguntando, señorita?

—Claro que sí. Quizá más que usted, Sr. Traga libros. Cuando se casó, mi hermana me contó todo cuanto sucede entre un hombre y una mujer. Ella no quiere que yo llegue a mi noche de boda tan inocente como ella. Al principio, admito que me quedé un poco sorprendida, pero ahora que me acostumbré a la idea, creo que debe ser bastante agradable.

—Humm… Sí… Bien… —la temperatura bajo el abrigo ascendió varios grados.

—¿No siente ni un poco de curiosidad? —insistió Ivy. Algún lado travieso de sí apreciaba la oportunidad de hacer sufrir a Oliver Armitage. Se lo tenía merecido, para que él no dijese nuevamente que no necesitaba una esposa, como si las mujeres fuesen y siempre hubiesen sido superfluas a su existencia monástica.

Por qué aquello la perturbara tanto, Ivy no lograba comprenderlo. Quizá entendiese menos sobre los asuntos del corazón de lo que imaginaba.

Capítulo 5

¿No siente ni un poco de curiosidad?

Por el contrario, Oliver Armitage jamás había sentido tanta curiosidad sobre un asunto. Había oído lo suficiente para adivinar qué pasaba cuando un hombre y una mujer unían sus cuerpos. Sabía que había placer físico envuelto, pero nunca estuvo de acuerdo con los medios sórdidos por los cuales la mayoría de sus colegas satisfacía la sed de ellos por conocimiento.

¡Decidió no confesar su ignorancia a esa muchacha atrevida para que ella se riese de él más tarde! Especialmente cuando ella ya despertaba su interés en el tema como ninguna otra mujer.

Ignorando la pregunta, prefirió contestar con otra pregunta.

—¿Cómo describiría esa esposa perfecta qué pretende conseguirme? ¿Y qué la hace pensar que tal modelo de perfección se interesaría por un sujeto agobiante cómo yo, además, por supuesto, de tenerle echado el ojo a la fortuna que heredaré de mi tía?

—Yo no dije que sería perfecta en el sentido absoluto, sólo perfecta para usted. ¿Y qué lo hace pensar qué ella sólo se interesaría por su fortuna? Tiene muchas cualidades que cualquier mujer inteligente tomaría en consideración.

Ivy inclinó el rostro y lo miró. Oliver pudo sentir el tibio susurro de la respiración de ella al encuentro de su cara. Sin embargo, continuó mirando hacia adelante en la oscuridad. No confiaba en sí mismo para girar los labios en dirección de esa tentadora boca.

—Forma parte de la minoría por pensar de esa manera, me temo. O quizá el hecho de haber sido blanco de más de una cazadora de fortuna haya cambiado mi opinión sobre las mujeres.

Ivy presionó la cabeza contra el amplio pecho. Si aquello significaba un gesto de consuelo, fue cogido por sorpresa al descubrir que el intento funcionó.

—Lo lamento si ellas lo hirieron. Aun así, puedo asegurarle, por experiencia propia, que estar en dificultades cambia el modo en que una muchacha busca a sus posibles pretendientes. Muchas familias presionan a sus hijas a hacer un casamiento ventajoso, pero eso no significa que ellas se casarían con un hombre odioso por dinero. Nada más tienen que renunciar a un candidato agradable si él no tiene un porvenir promisorio, como papá hizo con Rosemary cuando mi cuñado empezó a cortejarla.

Oculto por la sombra discreta de la oscuridad, Oliver se permitió curvar los labios en una sonrisa. Aquella mañana, al dejar Newport en dirección a Gloucester,

ella le había contado todos los detalles de la segunda oportunidad que la hermana tuvo en el amor. Por lo que había oído, Ivy tenía razón en enorgullecerse de sus habilidades como cupido. ¿Rosemary Greenwood habría encontrado una forma de casarse con Merritt Temple sin la interferencia de su hermana menor?, deseó saberlo.

—La Sra. Armitage ideal no le prestará la más mínima atención al dinero de su tía —anunció Ivy convencida—. Deberá ser culta, sin duda, pero sin ser pedante. Bonita, pero no presuntuosa. Un poco de autoridad también no haría ningún mal para obligarlo a hacer las comidas regularmente e irse a la cama a la hora correcta…

—¿Qué más? —preguntó Oliver.

—Creo que tampoco podemos dejar de observar si la candidata posee el tipo de atributos que atrae a los hombres, así usted estaría feliz de tener que acostarse temprano.

—Querida mía, es incorregible —incluso uniéndose a ella en una carcajada, Oliver reflexionó acerca de la descripción de Ivy sobre la esposa ideal para él.

Dudaba que ser culta fuese una cualidad necesaria para su futura esposa. La propia Ivy demostraba que una mujer podía tener una mente perspicaz y una curiosidad afilada sin necesitar ser culta. Había otros atributos que él añadiría a esa lista: un corazón leal, una inteligencia sagaz y un sentido del humor travieso para divertirlo de vez en cuando.

No necesitaba tener la lógica de un genio para reconocer que sólo una joven que él conocía correspondía a esa descripción. ¿Acaso estaría afrontando aquel viaje a Gretna desde el ángulo equivocado?, se preguntó Oliver. En vez de aprovechar el tiempo para expurgar la atracción que sentía por Ivy Greenwood de su cuerpo, quizá estuviese haciendo justamente lo contrario.

¿Podría transformar aquella falsa fuga en un argumento genuino para convencer a cierta encantadora casamentera qué el hombre a su lado podría ser un excelente partido para ella?

Por primera vez en su carrera de casamentera, Ivy consideró la posibilidad de jugar a cupido con los sentimientos decididamente confusos. Al describir a la joven que planeaba encontrar para Oliver, se vio irritada con la futura Sra. Armitage.

¡No seas tonta!, se recriminó en pensamiento. Es sólo porque ella es un conjunto abstracto de cualidades, no una muchacha de carne y hueso.

Sí, debe ser por eso, decidió. Cuando conociese a la joven real que correspondiese a esa descripción, sin duda la "señorita X" tendría uno o dos defectos que la volverían humana. Entonces, aprendería a quererla sin reservas y sentiría un genuino placer al verla sucumbir al cortejo de Oliver… quizá.

Un bostezo profundo le estiró la boca tan ampliamente que le llegó a doler. No había dormido bien en aquel colchón oliendo a moho de la Green Dragon. El pecho

firme de Oliver parecía una almohada mucho más confortable. Acomodando la cabeza en aquel pecho ancho, cerró los ojos.

—¿Y sobre su esposo ideal? —provocó él—. ¿No tiene planes de encontrar un compañero para sí misma?

Aquellas palabras penetraron en el oído derecho de Ivy de modo normal, pero el oído izquierdo, presionado al encuentro del sobretodo de él, oyó un eco más profundo transmitido por el cuerpo de Oliver, acompañado por el ritmo vivo de los latidos de su corazón.

—Cualquier día de estos, quizá. Aún no lo encontré, pero estoy segura que en el momento en que ponga mis ojos en él, lo reconoceré. Llevo soñando con ese hombre durante años, ¿sabía?

—¿En serio? —¿Oliver dijo la palabra en un murmullo lánguido o simplemente lo había imaginado debido al crepúsculo distorsionado del sueño?— cuénteme todo sobre ese suertudo, quien sabe puedo buscarlo por ahí. ¿Por qué no me transforma en un casamentero incorregible cómo usted, para actuar en su nombre, cómo está haciendo conmigo?

Atontada por la fatiga, la idea la hizo sonreír.

—Temo que usted sería un fracaso en esa área, amigo mío. Querría una ecuación pura con todos los números calculados. Los asuntos del corazón en general son contradictorios. Vea el ejemplo de mi hermano y su tía. Tiene que admitir que lady Lyte no es una criatura muy convencional.

—Sería el último en negar eso —Oliver se movió, inclinándose un poco hacia atrás en el asiento para proporcionar más comodidad a Ivy y a sí mismo—. Creo que tía Felicity invitó a Thorn a convertirse en su amante del modo más inusitado.

—Me admira que él haya aceptado —pensamientos afectuosos sobre su hermano pasaron por su mente—. Aunque lo adore, sería la primera en admitir que Thorn es tan convencional y responsable como un viejo. Sin embargo, a pesar de las diferencias, algún sentimiento especial se desarrolló entre él y Felicity. ¿Cómo la fría lógica de la ciencia explicaría eso?

Percibió qué Oliver se reía.

—Contestaría que, hipotéticamente, los opuestos se atraen. Es un principio bien documentado del magnetismo. Puede haber más influencia de la ciencia en los asuntos del corazón de lo que puede suponer, Srta. Cupido.

¿Los opuestos se atraen? Eso tenía sentido. ¿Los hombres y las mujeres no eran opuestos en muchos aspectos?, concluyó Ivy.

—¡Muy bien! Le concedo ese punto y le contaré todo sobre el hombre de mis sueños. Sin embargo, dudo mucho que lo encuentre entre uno de sus conocidos.

—¿Y por qué no?

—Porque él es bastante controversial, Oliver. ¿Eso lo sorprende? Un libertino enérgico con un pasado tenebroso. Mi amor, por supuesto, lo transformará en un hombre de bien.

—O su maldad la corromperá.

El comentario la exasperó.

—¡No diga tonterías! —Ivy empezó a urdir una defensa dramática en favor de su pretendiente ficticio, sin embargo, de alguna manera, su fantasía había perdido un poco del fuego acostumbrado.

Las palabras, de un modo general, salieron confusas mientras ella hundía la cabeza en el hombro de Oliver, cuya proximidad la hizo sentirse reconfortada como jamás se había sentido antes.

Aunque la presencia femenina en sus brazos le elevase la temperatura de la sangre a un nivel casi insoportable, las palabras de Ivy enfriaron el corazón de Oliver. La certeza de que ella jamás se interesaría por su dinero era un consuelo igualmente frío. Pero Ivy había dejado bien claro que él no era y jamás podría ser el tipo de hombre que deseaba por esposo.

Si continuaba pensando en ella se estaría engañando, y un buen científico jamás permitía que un pensamiento tendencioso encubriese su evaluación de la evidencia. Así como cierta vez se había persuadido a creer que su madre no había perecido en el Océano Indico, que por milagro se había salvado y que algún día aparecería en la escuela para buscarlo.

¿Ivy Greenwood se estaría dejando dominar por fantasías románticas?, se preguntó Oliver varias veces a lo largo de aquella noche en la que la mantenía abrigada en el calor y la protección de sus brazos.

No creía, ni por un momento, en el proverbio que decía que una buena esposa podía modificar el corazón de un hombre disoluto. En los primeros tiempos podría hasta funcionar. Sin embargo, acabada la novedad, el libertino volvería a su verdadera forma y el corazón de Ivy se rompería con las traiciones de su esposo. Igual que el tío Percy hizo con Felicity.

¿Pero por qué se preocupaba tanto por eso? El orgullo y la lógica lo ridiculizaban. Si la pequeña majadera prefería un sinvergüenza a un hombre de bien, nadie tenía nada que ver con eso. Debería haber prestado más atención a su propio sentido de precaución y jamás haber dejado que el encanto de Ivy Greenwood traspasase todas las barreras que había tenido el cuidado de levantar a su alrededor a lo largo de todos aquellos años.

Mientras el coche aceleraba por la zona rural adormecida de Worcestershire, Oliver luchaba con todas sus fuerzas para reforzar sus defensas y someter el motín

trabado por su cuerpo y su corazón.

Capítulo 6

—¡Entonces llegamos a Trentwell! —Ivy presionó la nariz contra la ventana, mientras el carruaje rodeaba una ancha alameda rodeada de frondosos olmos—. Parece mucho más grande que la vieja Barnhill.

Oliver contestó con un gruñido poco audible. Su mirada vacía no se desvió del distante punto fijo que contemplaba.

Debía estar ponderando alguna fórmula química enigmática o una teoría científica complicada, decidió Ivy. El muchacho le había parecido más tranquilo de lo habitual durante toda la mañana. Apenas podía creer que era el mismo hombre a quien se había arrimado la noche anterior, bromeando e intercambiando confidencias. Ahora parecía irradiar todo el calor de una estatua de granito.

¿Aquel comportamiento podría indicar algo más que una simple preocupación intelectual? ¿Habría ella dicho o hecho algo que lo había irritado, quizá? ¿O él se habría disgustado con su propósito bienintencionado de encontrarle una esposa?

Por primera vez, Ivy sintió lástima de la futura Sra. Armitage. Si poseyera una naturaleza sensible y afectuosa, la pobre criatura podría sufrir con la indiferencia que Oliver ostentaba aquel día.

No que eso fuese importante para ella, Ivy.

Oliver Armitage era simplemente un cómplice en aquel plan para unir a Thorn y lady Lyte. Si estaba empezando a alimentar algunos sentimientos más con relación al científico, solo podía ser debido a la intimidad obligatoria de aquel largo viaje en coche. Esperaba, desde el fondo de su corazón, que el largo paseo surtiese el mismo efecto, o incluso más fuerte, en su hermano y en Felicity.

En cuanto a ella y Oliver, los dos podrían aprovechar el tiempo pasado en Trentwell para separarse un poco, aunque fuese por sólo algunas horas. Si su parloteo lo hubiese enojando tanto como el silencio glacial de él la enojaba, sin duda él pensaría del mismo modo.

El cochero redujo la velocidad al llegar al final de la alameda que desembocaba alrededor de una bucólica fuente de mármol. La aproximación del vehículo parecía haber sido claramente notada por los sirvientes de lady Lyte y un criado de mediana edad les aguardaba frente a la casa para recibirlos.

—¡Señor Oliver, qué agradable sorpresa! —El hombre curvó los labios en una sonrisa radiante cuando reconoció al sobrino de su patrona—. ¿Qué lo trae tan temprano de Bath?

—La más agradable de las razones, Dunstan —la amabilidad forzada en el tono de Oliver hizo estremecerse a Ivy—. Voy camino a Escocia para casarme —diciendo

eso, saltó del carruaje con un andar tan rígido como su comportamiento durante toda la mañana—. No nos quedaremos por mucho tiempo. Solo el necesario para hacer una comida decente, cambiarnos de ropa y estirar un poco nuestras piernas. Partiremos nuevamente antes del anochecer. No queremos retrasar el gran día, usted sabe…

—Oh, desde luego, señor —el criado parecía estar luchando por digerir la sorprendente noticia—. Mis felicitaciones a los dos. Les deseo toda la dicha del mundo. ¿Volverá a pasar la luna de miel aquí, Sr. Armitage?

La pregunta provocó un intenso rubor en las mejillas de Ivy, provocado por pensamientos sensuales sobre ella y Oliver envueltos en las actividades de la luna de miel que Rosemary le había descrito. Él también pareció perturbado, porque no contestó a la pregunta del criado y fingió concentrar toda su atención en ayudarla a bajar del carruaje. Después de haberle presentado al mayordomo, se alejó de ella a la primera oportunidad.

—¿Podría hacerme el gran favor de descargar nuestro equipaje, Dunstan, y después conducir a la Srta. Greenwood hasta un cuarto, dónde ella pueda lavarse y cambiarse de ropa, antes del té? —Mientras emitía los órdenes, Oliver la contempló y desvió la mirada rápidamente, como si se sintiese obligado a mirarla cuando no deseaba hacerlo—. Yo mismo iré hasta el establo para hablar con el palafrenero para acomodar nuestro coche y los caballos.

—Muy bien, señor —el criado agarró el equipaje de Ivy que el cochero contratado le pasó—. Por favor, por aquí, señorita.

Después de mirar de reojo en dirección de Oliver, que la ignoró, siguió al criado a través de un magnífico vestíbulo de entrada, que se abría hacia un salón donde había una extensa escalinata que llevaba al piso superior y un pasillo decorado con varias pinturas famosas. La suntuosidad inmaculada del lugar sojuzgó su acostumbrada naturaleza jovial, ya bastante estremecida por el comportamiento reticente de Oliver.

En Bath la dimensión de la riqueza de lady Lyte no era tan aparente. ¡No era de extrañar qué su sobrino y heredero tuviese un grupo de debutantes peleándolo!

Si estuviese alimentando alguna idea romántica y necia con relación a Oliver Armitage, qué por cierto no lo estaba, la evidencia de su futuro brillante habría sido más hábil para refrenar su entusiasmo que para avivarlo.

De repente, una puerta se abrió frente al criado y una suave voz masculina indagó:

—¿Qué está sucediendo, tenemos compañía? Oh, que bueno. Estaba de verdad necesitando un poco de diversión.

El hombre se estiró contra el marco de la puerta, observándola con una

profunda mirada de admiración. Por un momento Ivy deseó saber si su cerebro cansado había materializado la figura de uno de los viejos retratos colgados en las paredes. Ostentando bigote y barba, el sujeto parecía más un soldado de la caballería del rey Charles que un hidalgo del príncipe de Gales.

El pelo oscuro y despeinado le caía a la altura de los hombros. El estado arrugado de la camisa, calza y chaleco sugería que había estado durmiendo.

Sin embargo, no tenía sentido acusarlo de tal cosa, decidió Ivy. Su vestido de muselina también debía tener una apariencia horrible. Ella le dio una sonrisa cordial, un descuidado intercambio de sonrisas, ambos fuera de lugar en aquel ambiente inmaculado, pensó.

El criado cabeceó hacia Ivy.

—Ésta es la Srta. Greenwood, señor Rupert. Ella y el señor Oliver descansarán por algunas horas, antes de proseguir viaje hacia Gretna Green.

—¿En serio? —El joven llamado Rupert deslizó los ojos oscuros demoradamente por el rostro de Ivy en una obvia mezcla de admiración e interés—. ¿Quién podría imaginar qué el viejo come libros atraería tal beldad?

Ivy no pudo decidir si se sentía ufana por el elogio que le fue hecho o insultada por el modo como Rupert se había referido a Oliver. ¿Quién era aquel hombre? Parecía muy a gusto en la casa y el criado se había reportado a él como si fuese un miembro de la familia. Pero Oliver le dijo que no tenía otros parientes aparte de lady Lyte.

El joven la miró con una sonrisa socarrona en los labios como si la pregunta estuviese estampada en su cara.

—Rupert Norbury a su disposición, señorita —ejecutando una estrafalaria reverencia, presionó los labios sobre la mano delicada de Ivy—. O quizá en lugar de usar el nombre de mi madre, debiese presentarme como Rupert FitzPercy. Soy el primogénito del divertido linaje del difunto lord. Lady Lyte aguanta mi presencia en Trentwell, especialmente cuando no se encuentra en la residencia. El lugar probó ser un escondrijo conveniente cuando mis acreedores se vuelven muy insistentes.

—Es un placer conocerlo, señor —y era así, decidió Ivy. Sentía un gran placer en conversar con un hombre que la miraba directamente a los ojos cuando hablaba. Un hombre que parecía darle la debida importancia, que no la trataba como un artículo inconveniente de equipaje. Un hombre que contestaba, en todos los detalles, a su ideal enérgico y controversial—. Lamento no poder hacerle compañía por mucho tiempo. Vamos a quedarnos sólo algunas horas —haz alguna referencia al compromiso ficticio, la conciencia la incitó—. Estamos sólo de paso. Oliver se acordó de buscar algunos libros y documentos que dejó aquí el verano pasado, ya que estábamos tan cerca.

—Que lástima que no puedan quedarse —Rupert Norbury dejó escapar un profundo suspiro—. Aunque no pueda culpar al come libros por querer salir de aquí con usted lo más rápido posible, antes de que otro se la robe justo debajo de su nariz.

¿Por qué la lisonja de aquel descarado no le dejaba las mejillas tan rojas y calientes como dos tomates, cuándo cualquier observación o toque de Oliver Armitage parecían provocarle ampollas en las mejillas?

Antes de que Ivy pudiese imaginar una respuesta satisfactoria, notó al criado que se encontraba de pie con el equipaje de ella en la mano, intentando no aparentar impaciencia.

—Necesito ponerme más presentable para circular en una propiedad tan magnífica como Trentwell —ella hizo un mohín—. El come libros, quiero decir, Oliver y yo tomaremos un té antes de partir. Espero que quiera unirse a nosotros.

—Ni un regimiento de dragones me lo impediría —Rupert Norbury se curvó en una reverencia nuevamente—. Dunstan, después de llevar a la Srta. Greenwood a dondequiera que la esté llevando, tráigame un poco de agua caliente. Necesito arreglarme un poco antes de reunirme con mi primo y su novia.

El sonido penetrante de la risa de Ivy atrajo a Oliver en dirección al cenador de Trentwell. Al llegar a la entrada de la puerta, se heló. Sus miembros y su voz se paralizaron ante la visión de la Srta. Greenwood sirviendo té a su primo Rupert. El sujeto parecía haber sido creado precisamente para atender a las especificaciones de ella, con un toque más de crueldad, por supuesto.

—¿Qué estás haciendo aquí? —las palabras salieron al final de su boca, mientras forzaba a sus pies a caminar al interior de la sala.

Ivy estaba sentada a la cabecera de la mesa con un refinado servicio de té de porcelana delante de sí. A su derecha, Rupert se encontraba desarrapado en el asiento, manteniéndose tan cerca de la joven como era posible sin caerse de la silla.

Ante la pregunta tajante de Oliver, Rupert levantó la cabeza, encarándolo con una mirada indolente y burlona.

—Francamente, traga libros, viejo compañero, deberías esforzarte para dirigirle la palabra a tu novia con un poco más de cortesía. La Srta. Greenwood está tomando un té con nosotros, ¿no ves? ¿No fue por eso qué paraste aquí, antes de ir hacia Gretna?

—No me refería a ella —esforzándose por ignorar la burla, Oliver se dejó caer pesadamente en el asiento a la izquierda de Ivy—. Estaba hablando contigo. Según los últimos rumores, estabas en Irlanda.

—Es verdad —Rupert volvió su completa atención a Ivy. Su mirada deambulaba por los brazos femeninos desnudos hasta el esbelto cuello de la manera más impertinente—. Pero no me adapté, así que volví… Como el hijo pródigo…

Lamentablemente, nadie se ofreció para matar un ternero gordo para mí, pero por lo menos tengo un techo sobre mi cabeza.

Y quizá, más precisamente, el acceso sin restricciones a la bodega de tía Felicity. Las palabras no dichas se cristalizaron en la punta de la lengua de Oliver, pero se las tragó. Había aprendido hace mucho tiempo a no caer en las trampas de Rupert. Pero ahora, por alguna razón, el hijo natural de tío Percy probaba ser más difícil de ignorar que lo habitual.

—¿Azúcar, querido? —Preguntó Ivy—. ¿Crema? ¿Limón?

Por un momento Oliver no percibió qué ella se estaba se refiriendo a él.

—Pregunte más alto —sugirió Rupert en una mezcla de diversión y piedad—. Probablemente, está perdido en algún pensamiento.

—¡Sólo limón! —contestó Oliver, al final. Con la pinza de plata en las manos, Ivy depositó una rodaja de la fruta amarillo claro en la bebida ambarina y humeante. ¿Habría ella mirado veladamente de reojo a Rupert mientras le ofrecía la taza?, se preguntó Oliver. ¿Y la línea de sus labios se había curvado uno o dos milímetros en respuesta a la explosión de él?

¡Déjalos reírse!, se dijo a sí mismo. El último en reírse sería él. Se negaba a preocuparse por el modo en que su primo se las arreglaba para llamar la atención de Ivy o como ella sonría al ostentoso.

Rupert agarró un pequeño canapé de la bandeja y se lo llevó a la boca.

—¿Estás seguro qué no puedo persuadirlos a quedarse un poco más de tiempo? Estoy sufriendo por falta de compañía, principalmente la de personas agradables como la futura Sra. Armitage.

El muchacho contempló a Ivy con una mirada apreciativa, tan dulce que llegaba a ser pegajosa.

En el fondo de su pecho, el corazón de Oliver pareció saltarse un latido ante el sonido de su apellido ligado a Ivy. Sus sienes, su pulso resonaba como truenos, mientras él observaba a los dos intercambiando flirteos.

—Tenemos que partir lo más rápido posible. —Intentó hablar en un tono sereno, como si el asunto fuese trivial. Pero en vez de eso, las palabras sonaron disonantes. Parecía un alumno avergonzado por perder algunas canicas, declarando su intención de dejar el juego. Entonces, lo intentó nuevamente—. Creo que tía Felicity nos está siguiendo en un intento de evitar nuestro matrimonio, por eso tenemos que apresurarnos.

—Pero sin duda podrías prolongar tu visita por una o dos horas —dijo Rupert dirigiéndose a Ivy—. Trentwell tiene algunos de los jardines más bonitos en esta región del país. Y están en su mejor época. Sencillamente, come libros, es muy

insensible de tu parte traer a la Srta. Greenwood aquí y partir sin permitirle la oportunidad de apreciarlos.

—Oh, por favor, ¡Oliver! —ambas manos de Ivy lo agarraron, antes de que él tuviese tiempo de alejarse—. ¿No podemos dar una vuelta para estirar nuestras piernas, antes de partir?

Esa vez el toque de ella no provocó una sacudida pasajera de estática, sino el galvanismo continuado de una batería de pila voltaica. Si pasaba la próxima hora al lado de aquella mujer, caminando a lo largo de los caminos arbolados e inundados con los perfumes de las flores, ¿qué tipo de tontería acabaría diciendo?

—Muy bien —Oliver se apartó con el pretexto de alcanzar un bocadillo en la bandeja—. Quizá debiésemos hacer un poco de ejercicio mientras tenemos la oportunidad. Creo que voy a pasear en bote alrededor del lago.

Por un momento, Ivy lo miró como si fuese a pedirle unirse a él. Contra todas las razones, se vio esperando que eso sucediese.

Antes que ella pudiese formular aquél pedido u otro cualquiera, Rupert interfirió en la charla.

—Ya que el come libros va a ocuparse con sus remos, me sentiría honrado de acompañarla en una caminata por los jardines, Srta. Greenwood.

Ivy vaciló:

—¿Oliver?

¿Qué quería qué hiciese? ¿Qué le prohibiese caminar con Rupert cuándo estaba obviamente ansiosa por eso? ¿Rogarle para que paseara en bote con él? Imposible. Con ese pensamiento, se esforzó para encoger sus hombros, que se resistieron al sencillo movimiento.

—Haz lo que quieras. A mí me da lo mismo. Sólo no te alejes mucho para que mi voz pueda alcanzarte cuando sea la hora de partir.

Algo en los ojos verde azulados de Ivy dejó claro que le había dado la respuesta equivocada. Pero al observar la sonrisa burlona en los labios de Rupert, Oliver no pudo persuadirse a retirar sus palabras.

Capítulo 7

¿Entonces lo qué ella hacía no le importaba a Oliver? ¿Ella no le importaba a él?

Muy bien, decidió Ivy, mientras dejaba el cenador tomada del brazo de Rupert Norbury. Tampoco permitiría que la opinión del joven científico tuviese importancia para ella.

Hablar era fácil.

Pero de alguna manera el verde exuberante del follaje de la primavera y la fragancia agradable de las flores palidecieron ante sus ojos, mientras nubes pequeñas en el cielo se agrupaban para obscurecer el sol. Incluso el chismorreo alegre de Norbury poco aportaba para amenizar el peso sutil que le oprimía el corazón.

—Dígame, dulzura —Rupert la condujo a lo largo de un camino rodeado de setos—. ¿Cómo un sujeto raro cómo el come libros logró persuadirla a mezclarse en tal aventura, cómo fugarse a Gretna Green? Estoy estupefacto al ver que está dispuesto a ofender a lady Lyte, eso para no mencionar apartar los ojos de sus tediosas investigaciones por tanto tiempo.

Aunque estaba enfadada con Oliver, Ivy no pudo dejar de resentirse por el tono de burla del muchacho.

—Se muestra bastante hablador para un hombre que dice estar estupefacto, Sr. Norbury.

Rupert echó la cabeza hacia atrás y se rió mucho como si estuviese feliz consigo mismo y con ella.

—¡Bien pensado, Srta. Greenwood! Le concedo ese punto. Debería saber que mi primo no se uniría a una esposa estúpida, independiente de su belleza.

Si Norbury pretendía que sus comentarios sonasen como un elogio, estaba muy equivocado, pensó Ivy.

Por una apertura entre una de los setos, espió el lago. Oliver se había alejado un poco de la orilla en un pequeño bote y empezaba a remar con golpes eficientes y suaves.

Si por lo menos él la hubiese animado, ahora podría estar sentada en aquel bote también, relajada por el chapuzón suave y rítmico de los remos en el agua y la tranquilidad del silencio alrededor.

En vez de eso, se encontraba allí, siendo obligada a oír el parloteo animado de Rupert Norbury sobre los juegos de cartas que ganó o perdió, modos ridículos de como consiguió evitar a sus acreedores y chismes personales escandalosos relativos

al juego sin principios de las personas que consideraba sus amigos.

—…entonces la Srta. Deagle empujó a la Sra. Forrest hacia atrás. Felizmente la fuente no era profunda. Pero cuando la pobre criatura emergió del agua, su vestido empapado se adhirió al cuerpo como una segunda piel, dejando… Srta. Greenwood, creo que no ha oído una sola palabra de lo que dije.

Un niño de cinco años consentido y mal educado no podía sonar más petulante, concluyó ella.

De hecho, Ivy no estaba prestando mucha atención al diálogo entre ellos, si es que podía llamar a aquello diálogo, ya que Rupert Norbury hablaba prácticamente todo el tiempo solo. En realidad, parecía más preocupada en intentar evitar que la cadera del petimetre topase tan frecuentemente en la suya. La sensación la hizo recordar la vez en la que tocó una anguila, mientras jugaba en un riachuelo cerca de Barnhill. La hacía sentir un escalofrío, pero no del tipo agradable como experimentó cuando Oliver la tocó.

—Lo siento. ¿Qué estaba diciendo?

El primo de Oliver puso los ojos en blanco con un aire impaciente.

—Con esa mente distraída, quizá combine más con el come libros de lo que imaginé, Srta. Greenwood.

¿Habría sido de aquella manera qué su charla había afectado a Oliver? Ivy deseó saberlo, mirando de reojo hacia el camino que llevaba al lago. ¿Era tan poco interesante y absorta qué él no tuvo otra elección sino sacudir la puerta de su atención en su rostro y dirigir la mente a asuntos más interesantes?

—Pido que me perdone por mi desasosiego, señor —ella se soltó del brazo de Norbury y puso una distancia de varios pasos entre ambos—. Una novia debe ser perdonada, espero, por permitir frecuentemente que sus pensamientos sean robados por cuestiones pertinentes a su futuro esposo.

Olvidando la desatención de Ivy, Rupert se rió hasta que las lágrimas corrieron de sus ojos y se vio obligado a jadear.

—No sé lo que encuentra tan chistoso —para los oídos de Ivy la risa de Norbury contenía más burla que distracción. Entonces, buscó torpemente una disculpa para poner aún más distancia entre ella y aquel hombre odioso—. Creo que debemos volver a la casa. Por la forma en que el cielo se está ensombreciendo, temo que pronto se ponga a llover.

Cuando pasó por delante él para dirigirse al mismo camino por el cual habían venido, la mano de Rupert la sujetó por la muñeca, para evitar que huyese.

—Por favor, no me prive de su compañía tan pronto, Srta. Greenwood. Usted aún no ha visto el jardín.

Ivy intentó librarse de la mano que la agarraba, pero el Sr. Norbury la apretó con una fuerza que la cogió por sorpresa. Sus manos no eran tan fuertes como las de su primo, notó. La piel era más suave que la de la mayoría de las mujeres. ¿Habrían realizado trabajos más extenuantes que hacer rodar los dados, inclinar copas de vino o sacar el vestido de alguna mujer?

Aquel último pensamiento la hizo estremecerse.

—Por favor, déjeme ir, Sr. Norbury. Mi visita al jardín puede ser postergada para una futura visita.

Si Thorn se casaba con lady Lyte, Ivy no estaba segura de si desearía visitar Trentwell otra vez, principalmente si el hijastro ilegítimo de su cuñada se encontraba en la residencia.

—Pero los árboles se encuentran en el apogeo de su floración —él la tiró al encuentro de su propio cuerpo—. ¿Quién garantiza qué los verá nuevamente en tal estado de perfección?

—¡Sr. Norbury, por favor!

El brillo malicioso en los ojos oscuros de Rupert le causó un escalofrío en la nuca. ¿Qué locura infantil la había llevado a creer qué podría haber algo de romántico o excitante en la maldad?

—Puede guardar esa pose de novia dedicada para el come libros, dulzura. La única cosa que le preocupa es un día convertirse en la dueña de Trentwell.

—No estoy detrás de la fortuna de Oliver —por alguna razón, Ivy se sintió más inclinada a contestar a aquella suposición que a protestar contra el apretón inoportuno de los dedos de Rupert en su muñeca.

—Usted me confunde, querida. No la culpo por eso. Imaginé más de una joven heredera rumbo a Gretna para alegrar mi día.

Un juicio severo sobre el gusto y la inteligencia de aquellas jóvenes cruzó por la mente de Ivy, seguido de un rápido sentimiento de autocrítica. Se había dejado envolver por las miradas y los elogios de Rupert. Si no estuviese familiarizada con otro tipo de hombre, uno qué, a pesar de los defectos, poseía valor y talento genuino, podría haber tardado en descubrir el carácter mezquino por detrás de la apariencia atractiva de Norbury.

—Tener un esposo tan ciego a sus necesidades y encantos puede tener sus ventajas, querida —Rupert le rodeó el cuerpo con los brazos y la sujetó firmemente —. El come libros no va a apreciar si usted buscar satisfacción con otro hombre.

—¡Deje de referirse a Oliver de esa manera y suélteme! —Ivy luchó por librarse de su apretón.

Al girar la cara, sus labios se aproximaron peligrosamente a los de él. Ella casi vomitó debido a la sensación repugnante cuando él desvió el rostro y le besó la oreja. Con un movimiento repentino, usó el peso de su propio pie para pisarlo con toda su fuerza. Sin embargo, sus finos zapatos no eran competencia para las botas de montar del Sr. Norbury.

—No hay necesidad de jugar a la doncella recatada ahora —el villano se rió y la apretó con más fuerza—. Mi querido primo está muy lejos para oírla. No quiero decir que si estuviese cerca, haría alguna diferencia. Usted y yo somos muy parecidos, Ivy. Conmigo no necesita fingir.

Ella no era parecida a él, ¿verdad? La horrorosa noción la indujo a un momento de ensordecedor silencio.

—Ah, así está mejor —Norbury presionó los labios al encuentro de la piel desnuda del cuello de ella. Entre besos que hicieron que la carne de Ivy hormigueara, él murmuró—: Yo no la maltrataría o la forzaría, por supuesto, no disponemos de tiempo para que yo pueda demostrarle toda mi admiración. Sólo quiero darle una pequeña muestra de lo que la espera en el porvenir.

Quizá fuese más prudente permitir que él la besase y la acariciase un poco, pensó Ivy. Consideraría aquello como un castigo por su estupidez. De una manera u otra, a Oliver no le importaría.

Pero por alguna razón, no pudo permitirse darle a Rupert Norbury la satisfacción de creer que ella lo prefería a un hombre como Oliver.

Sintiendo aflojarse los brazos que la agarraban, soltó una de las manos y clavó las uñas en su cara. Rupert gritó y maldijo con los calificativos más impropios.

Pensando quizá que ella pretendía gritar, el libertino puso la mano firme sobre sus labios, imprimiendo una fuerza aterradora. Una ola de ira inundó a Ivy. Aprovechando la ocasión, le mordió uno de los dedos y se ufanó del aullido de dolor que le provocó.

Cuando Norbury la liberó, abrió la boca, le soltó el dedo y giró en sus talones para escapar hacia la libertad. Había dado apenas dos pasos, cuando algo contuvo su prisa impetuosa. El insolente debía haber agarrado la punta de la falda de su vestido, observó Ivy al caer al suelo, con el sonido de la muselina desgarrándose en sus oídos.

Oliver se empeñó en concentrar toda la ira y agitación que sentía en la fuerza de los remos contra el agua. Quizá el movimiento rítmico y repetitivo le calmase las emociones exhaustas y le distrajese la atención de las rápidas y periódicas miradas a Rupert e Ivy a través de los setos.

¿Por qué la visión de los dos le acribillaba el corazón como varas afiladas? ¿Por casualidad era una sorpresa qué Ivy prefiriera el cortejo mundano y pícaro de su primo? Incluso si ella no le hubiese confesado el deseo de involucrarse con un hombre controversial, sin duda Rupert la habría seducido.

Si le quedase una gota de cordura, debía agradecer a su primo por aquella dura lección, pero necesaria, sobre la locura de permitir que las emociones subyugasen el intelecto. Dilemas científicos pudieron confundirlo y frustrarlo alguna que otra vez, pero los asuntos del corazón lo confundían y lo frustraban todo el tiempo. Al contrario del reino austero y elegante de la teoría científica y de la matemática pura, el reino de cupido podía ser sórdido, feo y hasta doloroso.

¿Qué Ivy y Rupert estarían haciendo en aquel momento? Por muchas veces, Oliver intentó convencerse que sus acciones eran respetables. Ni que hubiesen dejado de caminar o estuviese parados tan próximos, que apenas era posible distinguir si eran una o dos personas o incluso si se estuviesen besando.

Sin notar que había cambiado de dirección, Oliver se vio remando en dirección a la pareja, en vez de alejarse. Al final, quizá fuese mejor interrumpir el encuentro amoroso de los dos.

La decisión no tenía nada que ver con sus sentimientos frustrados por Ivy. No obstante, se sentía responsable por la joven. En sus fantasías románticas, podía desear a un sujeto inescrupuloso como Rupert, pero la muchacha merecía algo mejor. Si no era capaz de descubrirlo sola, se elegiría a sí mismo como la voz de la razón.

Apenas había llegado a la orilla cuando oyó a su primo gritar. En la prisa de escalar la borda, Oliver inclinó el bote y cayó en el lago. Ni siquiera el agua fría tuvo éxito para enfriar su temperamento. Con algunas brazadas, llegó a tierra firme y escaló el declive a tiempo de oír a Rupert maldecir nuevamente.

Al alcanzar el camino, un momento después, encontró a su primo intentando equilibrarse sobre Ivy, qué había caído o ¿quizá había sido empujada? La falda del vestido y la ropa interior, ambas levantadas casi a la altura de la cintura, dejaban a la vista buena parte de las piernas bien torneadas.

El pulso de Oliver latió en sus sienes y en una parte más baja de su anatomía. Por primera vez después que se hiciera adulto, no fue capaz de agarrarse a la cuerda segura de la lógica. En vez de eso, la dejó deslizarse por los dedos como si tuviese brea, permitiéndose sumergirse en los mares tempestuosos de la pasión.

—¡Desgraciado… Norbury! —La respiración jadeante apenas lo dejaba articular las palabras—. ¡Saca esas manos lascivas de encima de ella ahora mismo!

Rupert se giró y lo miró burlonamente.

—Mantente fuera de esto, come libros.

Tres líneas rojas paralelas se destacaban en la mejilla del desvergonzado.

Tomando en cuenta los gritos e insultos que oyó antes, podía concluir que Ivy no había cedido al libertinaje de Norbury.

La mente de Oliver giró en una tempestad de deseos tan salvajes, que él ya no se sentía capaz de pensar racionalmente. El instinto, potente e innegable, exigía que protegiese a la mujer y castigase a cualquier hombre que intentase molestarla.

Olvidándose que consideraba la violencia una conducta de tontos, agarró al hijo ilegítimo de su tío por el cuello y lo levantó.

En un gesto súbito, Norbury alejó uno de los brazos y le dio un violento puñetazo en el estómago.

Aunque se había encorvado de dolor por un momento, Oliver no se intimidó. Agarrando a Rupert con más fuerza, cerró el puño y se vengó con un poderoso puñetazo en la bonita y desdeñosa cara de su primo.

El golpe le machacó los nudillos tanto como el puñetazo que recibió en el abdomen. Cuando Norbury cayó en el seto, le soltó el cuello para no caer con él. Algún tipo de crueldad, completamente extraña a su naturaleza, corría por sus venas, incitándolo a golpear a su desmayado oponente. Con enorme dificultad resistió la tentación y en vez de eso se giró hacia Ivy.

—¿Está lastimada? —mientras la levantaba del suelo, Oliver ansiaba envolverla en sus brazos y mantenerla abrazada el tiempo que ella le permitiese, besándola y disipando cualquier residuo de miedo o dolor.

Una ola de malestar alcanzó su estómago. Quizá fuese sólo una consecuencia del puñetazo de Norbury. Pero era más probable que fuese remordimiento por haberla dejado sola con aquel hombre sin principios, simplemente porque estaba atemorizado por sus propios sentimientos.

Al verla erguida, Oliver se alejó un paso y cruzó los brazos sobre el pecho para impedirles abrirse a ella y como una protección simbólica para su corazón.

Por primera vez desde que la conociera, Ivy Greenwood parecía completamente castigada.

—¿Lastimada? —Forzó una sonrisa educada que luego tembló y entonces desapareció de sus labios—. Sólo mi orgullo y mi vestido —echó un vistazo a Norbury mientras el canalla luchaba por salir del matorral—. Tengo que cambiarme de ropa.

Oliver contempló sus propias prendas mojadas.

—Yo también. Tenemos que cambiarnos tan rápidamente como podamos y volver a la carretera, antes de que Thorn y tía Felicity nos alcancen.

Una mirada de desánimo contrajo las encantadoras facciones de Ivy. Levantó

una mano temblorosa y apuntó hacia algo por sobre el hombro de Oliver.

—Temo que sea tarde.

¿Para que preocuparse en volverse y mirar? Oliver ya sabía lo que vería.

Tirado por dos pares de caballos, el carruaje de su tía se dirigía al imponente camino que llevaba a Trentwell.

Capítulo 8

Oliver se giró de espaldas. Con el lino blanco de la camisa mojado pegado al pecho y los brazos cruzados frente a él, nunca se había visto más atractivo. De la misma forma, nunca le pareció tan prohibido, pensó Ivy.

—¿Qué haremos ahora? —él preguntó.

—¿Qué nos queda hacer? —los hombros de ella cayeron. El deseo que alimentaba la fuente burbujeante de su optimismo se secó de repente por culpa suya —. Ellos nos alcanzaron. Creo que tenemos que abandonar la idea de seguir adelante. Sólo espero que Felicity y mi hermano hayan tenido tiempo suficiente para arreglarse.

Lo había arruinado todo, arrastrando a Oliver hasta la mitad del camino a Escocia en una estúpida misión. Podrían estar seguros en la carretera hacia Stokeon-Trent en aquel minuto si no se hubiese envuelto en un tonto flirteo con Rupert.

Cuando Norbury se levantó medio tambaleante, restregándose la mandíbula y pareciendo terriblemente compadecido por su propia situación, Ivy supo que jamás miraría a un guapo libertino del mismo modo otra vez.

Aunque parte de sí misma quisiese encogerse en un charco de lágrimas, decidió empezar a actuar como una adulta. Le debía esa conducta a Oliver, aun cuando fuese tarde.

—Le diré a tu tía que fui yo quien urdió todo el plan y tú sólo me acompañaste, después de muchas protestas, para impedir que algo malo me ocurriese —no estaría diciendo nada más que la verdad, pensó ella.

Oliver permaneció de pie, como si estuviese pensando en sus palabras. Enseguida, extendió una de sus manos.

—Puede haber otro modo. Tengo un plan, si estás dispuesta a acceder.

—¿Un plan? —un leve hilo de esperanza surgió en el semblante de Ivy, que se fragmentó bajo un haz de luz del sol de mayo, produciendo cientos de minúsculos arco iris—. Entonces, pongámoslo en práctica.

Puso la mano sobre la de Oliver. Cuando sus dedos largos cubrieron los de ella, un sentimiento de tranquilidad la rodeó como siempre sucedía cuando regresaba a Barnhill después de un largo viaje.

Oliver se dirigió al seto, de dónde Rupert había conseguido levantarse. El bribón intentaba arreglarse cuando su primo habló:

—Oye, Rupert —ordenó Oliver a su primo—. O nos ayudas o le contaré a la tía

Felicity y a Thorn Greenwood lo que pasó aquí.

—De acuerdo —Rupert Norbury torció la nariz en una fea mueca malhumorada —. ¿Qué quieres qué haga?

No fue sólo la amenaza de Oliver lo que obligó al desvergonzado, concluyó Ivy. Quizá Norbury esperaba sacar provecho de la situación de desagrado de lady Lyte respecto a la actitud de su primo.

—Dile a la tía Felicity y al Sr. Greenwood que fuimos a dar un paseo por los alrededores y no volveremos antes de la cena. Luego, coloca nuestro equipaje en un cabriolé y ve hasta la aldea. Estaremos esperando en la The Fox and The Crow. Ten cuidado de no llamar la atención ni de ser seguido.

Rupert quitó las minúsculas hojas del seto agarradas a su abrigo.

—No quieras enseñarme como actuar, come… Armitage. Tengo más práctica en moverme furtivamente de lo que tú algún día tendrás.

¡Algo bueno de qué jactarse! Ivy y Oliver se miraron, ambos con las cejas erguidas.

—Por aquí —Oliver la empujó a lo largo de un camino angosto en dirección a un grupo de árboles—. Espero que esto nos dé algunas horas por delante de ellos, si es que podemos confiar en que Rupert cumplirá su parte.

Ivy se estremeció.

—Es horrible, ¿verdad?

—Parecías encontrarlo muy interesante a la hora del té —él soltó su mano al entrar en el bosque—. Pensé que mi primo correspondía, en todos los sentidos, a tu descripción del hombre ideal. Pero quizá no lo hallas encontrado suficiente villano. Él realmente no lo es. Es sólo un poco baladí, egoísta e irresponsable.

—Debes creer que yo y él hacemos una pareja perfecta —aunque Ivy intentó proferir las palabras como un chiste, un profundo desagrado le agrió el tono de voz. No había nada de chistoso en el sarcasmo de Oliver Armitage.

—No pienso nada parecido —apartó un pequeño arbusto que obstruía el camino para que ella pudiese pasar—. Me siento culpable por haberte dejado sola con él. No debería haberlo hecho… Aún más al saber… Yo debería haber imaginado… Lo lamento mucho.

Ivy no podía soportar oírlo responsabilizarse por su imprudencia. Necesitaba aliviar la conciencia del pobre muchacho de aquel fardo terrible, aun cuando eso significase exponer toda su tontería. Intentar hablar sin mirarlo a los ojos no tenía sentido. Por lo tantos, se giró de frente, renuente, pero determinada a aclarar el asunto.

—No te recrimines por eso, Oliver —¿cómo pretendía manejar los sentimientos de otras personas cuándo ella misma había estado tan ciega?—. En realidad, acompañé a tu primo por una razón más ridícula, no porque estaba interesada en él.

Oliver se pasó los largos dedos por entre su pelo mojado y se ajustó los anteojos en su cara. Después, la contempló con expresión interrogativa, semejante a cuando entró en su laboratorio y le pidió que se fugase con ella a Gretna. Todos los sentimientos que él le había despertado desde entonces, le provocaron una dulce y desorientadora confusión en el corazón.

Curiosidad, exasperación, respeto, ternura, enfado, fascinación, deseo… Pero no tenía ninguna esperanza de que algunos de esos sentimientos fuesen correspondidos, excepto la exasperación, quizá.

Oliver no podía tener una peor opinión de ella de lo que ya estaba teniendo, así que, no había problema en confesar la humillante verdad.

—Tú no me estabas prestando la más mínima atención, por lo que intenté provocarte celos. ¡Qué tontería la mía!

Al principio, Oliver no dijo nada. Sólo la contempló, mientras Ivy sentía su ilimitada confianza en sí misma reducirse en un pequeño pero pesado bulto en el fondo de su estómago.

En las copas frondosas en lo alto, los pájaros cantaban como si sus minúsculos cuerpos fuesen a estallar de tanta felicidad, en caso de que no liberasen las notas rápidas en una armoniosa melodía. El aroma de las flores perfumaba el aire y podía ser sentido en todas partes. El bosque se cubría con un lozano y esperanzador manto verde primaveral.

En el corazón de Ivy, sin embargo, una llovizna fría de noviembre caía sobre los esquejes deshojados y secos de plantas muertas. Deseó desahogar sus sentimientos en un buen llanto de purificación, pero eso podía esperar hasta que estuviese sola. No quería abrumar a Oliver aún más.

—No entiendo… —dijo él, sacudiendo la cabeza vigorosamente. Había oído las palabras de Ivy y percibió sus significados individuales. Sin embargo, juntándolas el resultado se negaba a tener sentido.

O quizá la expresión afligida de aquellos maravillosos ojos verde azulados le disipó cualquier pensamiento racional de la cabeza.

—¿Estabas intentando ponerme celoso? —Y tuvo éxito, más de lo que ella podía imaginar, pensó Oliver. Necesitó recurrir a todo su autocontrol, cultivado durante años, para no transformar la cara graciosa de Rupert en pulpa—. ¿Por qué?

Ivy curvó los labios en una sonrisa pesarosa, pero sus ojos parecían levemente húmedos.

—Si no es capaz de llegar a la simple conclusión de la evidencia, Sr. Armitage, temo por su futuro como científico.

Si ella le hubiese hablado a cualquier otro hombre, sin duda, el sujeto habría resuelto la ecuación con facilidad, concluyó Oliver.

—¿T… tú sientes algo por mí?

—Parece que sí —en ese instante, un rayo de sol penetró a través de las frondosas copas, realzando la profusión de rizos rojizo dorados de Ivy y sus pestañas que pestañeaban a un ritmo constante—. Me llevo bastante tiempo descubrirlo. Y aún no creo que haya conseguido confesarlo. Eso no combina con mi orgullo de entendida sobre el amor, ¿no?

Había admitido que sentía algo por él, se asombró Oliver. Y usó la palabra *amor*, aun cuando había sido de manera indirecta. Algo a tomar en consideración. Sin embargo, aún tenía dificultad para creer en ello. Lo que no podía comprender era por qué eso la hacía parecer tan angustiada.

—No te preocupes —Ivy comenzó a volverse—. Prometo que no me voy a lanzar a tu cuello el resto de nuestro viaje. Soy bien conciente de que no correspondo a tu descripción de mujer ideal.

Algo en la voz de ella actuó como una llave, abriéndolo de la confusión en la que se encontraba. Los sentimientos de Ivy la asustaban por la misma razón que la creciente atracción que sentía por ella lo alarmara: porque ambos no creían que serían correspondidos.

Parte de él deseaba sentarse y resolver la confusión que prevalecía en su mente. ¿Sopesar los hechos? Tomar una decisión bien considerada que no destruyese su vida entera, del modo que su actitud precipitada al saltar del barco lo hiciera caer en el lago.

Mientras él vacilaba, Ivy dio algunos pasos a lo largo del camino y desapareció detrás del grueso tronco de un inmenso roble. De repente, la luz dorada del sol pareció perder el brillo y los colores vibrantes de las hojas se volvieron sombrías.

—¡Espera! —gritó Oliver, apurándose para alcanzarla.

Ivy miró hacia atrás, atraída quizá por el sonido de los pasos apresurados en su dirección. Su falda rota dejaba a la vista buena parte del muslo sedoso y bien torneado. Los cabellos habían capturado algunas hojas sueltas, una corona de esmeralda perfecta para la reina de las ninfas del bosque.

Su deseo por ella debía estar estampado en su cara. Pero fuese lo que fuese que ella hubiese visto le provocó una sonrisa tan luminosa y tan ardiente que eclipsó el sol de la primavera.

De alguna manera Oliver sabía que aquél no era el momento correcto para

preguntas, discusiones o palabras de cualquier tipo. En vez de eso, la tomó en sus brazos y la giró alrededor, haciendo que la cabeza de él estuviese tan aturdida como su corazón.

Mientras la abrazaba y sus labios buscaban los de ella, un murmullo de duda lo enfrió con la misma intensidad que la brisa fresca sobre sus ropas mojadas. ¿Ivy recibiría bien la ardiente demostración de sentimientos después del episodio con Rupert?

Antes que tuviese tiempo de retractarse por su impulsividad, Ivy levantó los brazos y le enlazó el cuello. Entonces, los labios de ambos se unieron en un beso ansioso que destiló toda la esperanza verde y perfumada de la primavera.

Aquella mujer era su primavera, descubrió Oliver. Impredecible, vivaracha, romántica y vigorizante. La lluvia suave de su comprensión y el sol clemente de su temperamento habían disipado el invierno frío y estéril de su corazón y nutrido la semilla débil de su deseo por ella.

Minutos después cuando apartaron sus bocas para controlar la respiración, jadeante, Ivy presionó la frente al encuentro de la de él y todo cuanto Oliver pudo ver fueron aquéllas dos piscinas turquesa en las cuales anhelaba bucear todos los días.

De repente, el cuerpo esbelto de la joven vibró con una risa.

—Si estás encantado, Oliver Armitage, debo advertirte que no haré el mínimo esfuerzo para encontrar un antídoto.

—Oh sí, estoy encantado, Srta. Cupido —una semana atrás se habría burlado de cualquier tonto que iniciase semejante conversación florida. Ahora se compadecía de cualquiera mortal cuya vida no estuviese colorida por un poco de romance—. Me hechizaste en el minuto en que entraste en mi laboratorio y exigiste que me fugase contigo a Gretna Green. Luché contra eso con todas las armas de la lógica que encontré a mi disposición, pero tú las derrotaste.

—Bien, para hablar con la verdad, adquirí un poco de sabiduría para apaciguar mis fantasías románticas —ella restregó la pequeña nariz respingona contra la de él y sus ojos se iluminaron con un brillo cínico—. Sólo un poquito. Lo bastante para reconocer que eres tan atractivo y enérgico como cualquier libertino, mucho más interesante y adecuado, ya que el dorado superficial del deslumbramiento se desgastó.

—En ese caso… —la colocó en el suelo nuevamente y se arrodilló a sus pies—… mi querida Srta. Greenwood, ¿me haría el honor de convertirse en mi esposa cuando lleguemos a Gretna Green?

Oliver no se acordaba de que alguien lo hubiese mirado con tanta embeleso. Anheló saber si, como los pájaros, su pecho podría estallar de tanta dicha.

—¡Por supuesto qué sí! —murmuró Ivy. Su labio inferior tembló por un momento debido a la emoción y entonces se curvó en una sonrisa traviesa—. Con tal que no vuelvas en ti antes de eso.

Oliver la tiró para acercarla a él, apretando su rostro en el suave cuello de Ivy.

—Si percibes algún peligro de que eso llegue a ocurrir, espero poder contar con tu beso para encantarme de nuevo.

—Te lo prometo —ella se rió y restregó la mejilla en los cabellos húmedos de su amado—. Ahora, aunque odie tener que tratar de asuntos prácticos, es mejor que nos apresuremos hasta la The Fox and The Crow, ya que quedaste con Rupert que llevase nuestro equipaje allá.

Con un reacio gesto de cabeza, Oliver se puso a caminar. Por más que quisiese quedarse allí en aquel bosque con su bella ninfa, ahora ambos tenían la arriesgada misión de atraer a Thorn Greenwood y su tía Felicity. Por el resto del viaje, él e Ivy estarían volando en dirección a Gretna Green.

Capítulo 9

—Carlisle, al final —Ivy suspiró cuando el carruaje traqueteó más allá de las ruinas de la Muralla de Adriano—. Un cambio de caballos más y llegaremos a Escocia.

—Ahora falta poco —murmuró Oliver despertando de su cabeceo inquieto y pasando la mano derecha del hombro hasta el brazo de Ivy—. Pronto seremos marido y mujer.

Cuando su mano cambió de dirección y acarició la curva redondeada del valle de los senos de su futura esposa, emitió un sonido, como el ronronear de un gatito contento. Entonces, recostó la cara contra el pecho de él, restregando la mano sobre la carne sensible de su muslo musculoso y Oliver logró una comprensión muy personal del calor producido por medio de la fricción. Si no besaba a Ivy inmediatamente, temía que su cuerpo entero estallase en llamas.

El modo como ella se acurrucaba contra él volvía imposible la tarea de besarla, sin una serie de contorsiones para las cuales su columna no estaba preparada. Por lo que, en cambio, la tomó en sus brazos, la alzó y posó las maravillosas caderas redondeadas sobre su regazo. La cabeza delicada se inclinó sobre el brazo de él en la posición perfecta para ser besada.

Cuando sus labios se encontraron y se unieron, una deliciosa ola de calor y excitación le recorrió todo el cuerpo. Oliver deseó saber si podría haber un modo mejor de comenzar los días por el resto de su vida.

¿Alguna vez había imaginado qué Oliver era un hombre frío? Ivy se maravilló con su propia ignorancia. Quizá los ángeles velasen por las almas bienintencionadas, cuyos propósitos excedían el buen juicio, decidió, mientras lo abrazaba. Ciertamente ella ha sido bendecida por algo que merecía.

—En el minuto en que estemos casados, te arrastraré a una posada y haremos una buena comida —ella rozó las puntas de los dedos, acariciándole la mejilla con la barba imperfecta—. Puedo no poseer muchas de las habilidades prácticas de una buena esposa, pero domino el arte de la cocina. Ahora debo advertirle que perdió su última comida, señor. Desde ahora en delante, será mi misión mantenerte bien alimentado.

Oliver levantó su mano, se la llevó a los labios y le besó las puntas de sus dedos.

—Ya estás hablando como una esposa. Si continúas así, voy a empezar a llamarte Sra. Armitage.

Podría sólo haber pretendido provocarla, pero Ivy percibió el deseo escondido en su voz. Oliver quería el tipo de cuidado que ella prometía darle.

—Ya lo pensaste —Ivy bostezó y se desperezó—. Esta noche estaremos casados, vamos a comer nuestra primera comida caliente en días y lograremos dormir en una cama apropiada, en vez del asiento duro y gastado de este coche viejo.

Un brillo malicioso surgió en los ojos castaños de Oliver mientras acariciaba la curva de sus senos sobre el tejido claro del canesú.

—Espero que no estés contando con mucho descanso en nuestra noche de bodas. Estoy ansioso para descubrir toda la información intrigante que tu hermana te contó.

Ivy dejó escapar un suspiro de deseo despierto, pero no satisfecho.

—Para ser un sobrio hombre de ciencias, vienes demostrando asombrosas tendencias apasionadas en estos últimos dos días.

Atrajo su rostro para darle otro beso. Un beso que anhelaba disfrutar desde que habían dejado Trentwell. Perdidos en aquella caricia profunda y apasionada, ni ella ni Oliver notaron cuándo el carruaje redujo la velocidad y se detuvo.

Entonces, bruscamente, la puerta del carruaje se abrió y una voz áspera y familiar tronó en el aire.

—Le sugiero que aparte las manos de mi hermana, señor Armitage.

—¡Thorn! —Por primera vez en la vida, Ivy sintió ganas de golpear a su querido hermano o intentar cualquier otra acción violenta en contra de él—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Como si no lo supieras —murmuró Thorn, agarrándola por el brazo y sacándola del carruaje, sobre los adoquines frente a una lujosa posada—. ¿Es que te has propuesto llenar mi cabeza de canas antes de los cuarenta?

Ivy jamás había visto a su hermano tan furioso en toda su vida. Los profundos ojos castaños, normalmente tan tranquilos e imperturbables, ahora llameaban de ira. Aquélla mirada la hizo desear postrarse ante el disgusto de Thorn como un niño de seis años descubierto en una travesura.

Entonces, sintió las manos de Oliver cerrándose sobre sus hombros. La resonancia templada de la voz masculina la envolvió.

—Se lo ruego, no se enfade con su hermana, señor Greenwood. La responsabilidad es toda mía.

Thorn lanzó una mirada severa a Oliver.

—Estoy muy enfadado, Armitage. Descuide, a usted también le tocará su parte. Esta jugarreta no me sorprende tratándose de mi hermana, pero creía que usted era más sensato.

Ivy se soltó de su mano y lo miró ceñuda, con una expresión de desafío que Thorn nunca hubiera esperado en ella… hasta ese día.

—No voy a consentir que le hables a mi prometido en ese tono, Thorn. Haz el favor de disculparte inmediatamente.

—No es tu prometido y le hablaré en el tono que… —repentinamente atento a las miradas de los curiosos que atraía en su dirección, Thorn se tragó las últimas palabras.

—¿Lady Lyte vino contigo? —preguntó Ivy. Quizá si su hermano entendiese lo que les había llevado a tomar la carretera hacia Gretna, no estaría tan furioso con ellos.

—Sí —contestó Thorn en un tono más bajo y señaló con la cabeza hacia la posada—. Vamos dentro y veremos qué tiene que decirles.

Su hermano parecía muy infeliz. Un nudo de vergüenza se formó en la garganta de Ivy. Agarró la mano de Oliver al entrar en la posada y subió los escalones, tan sumisa como un ratón. Cuando Thorn abrió una puerta y les guió al interior, descubrió como un criminal condenado se sentía antes de ser ahorcado.

Al entrar en la pequeña sala de estar, lady Lyte se levantó de la silla, donde se encontraba sentada junto a la chimenea. Parecía diferente de cuando la había visto por última vez. La cara sorprendentemente delgada, como si hubiese pasado por una dieta de pasteles fríos y bocadillos como ella y Oliver habían pasado.

Pero había algo más, a menos que estuviese muy equivocada. Felicity tenía el aspecto de una mujer que bebiera hasta hartarse de la taza de la dicha, aunque fuese capaz de expelerlo todo, en caso de que descubriese veneno en los residuos.

Thorn cerró la puerta, caminó algunos pasos y se ubicó detrás de Felicity. Bajo la determinada muestra de censura fraterna, Ivy percibió una breve sonrisa de éxtasis que apenas podía contener.

—¡Ha funcionado! —gritó ella, lanzándose sobre su asustado hermano y su amante igualmente confusa—. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —Besó a Felicity, entonces pasó los brazos alrededor de Thorn—. Le dije a Oliver que, si venían juntos en carruaje hasta Escocia, se darían cuenta de lo mucho que se amaban. Y así ha sido, ¿verdad?

Felicity la miró como si ella fuese un perrito que hubiese hecho pis en el suelo.

—¿Estás diciendo qué planeaste todo esto? ¿Tenías alguna intención de casarte con mi sobrino?

—Al principio, no —algo en la voz y en la postura de Felicity incomodó a Ivy, pero estaba demasiado orgullosa por su éxito como casamentera para tomarlo en consideración—. Todo comenzó como un plan para unirlos, pero una cosa llevó a la otra y…

La tía de Oliver miró a Thorn con una terrible mirada acusadora.

—Tú también estabas metido en esto, ¿verdad? ¿Fue idea tuya? No puedo creer que fuera tan ingenua como para dejarme engatusar de esta manera.

Apartando a su hermana, Thorn Greenwood intentó argumentar con Felicity.

—Sabía tanto como tú, lo juro. ¿No me creerás capaz de rebajarme hasta ese punto?

—No te acerques —alejándose de él, lady Lyte parecía extremadamente asqueada—. No me toques.

Si la mujer que Thorn amaba le hubiese lanzado ácido sulfúrico en el rostro, por cierto no le habría desgarrado la carne con más intensidad que aquella abrasiva sospecha le ardía el espíritu.

Aun apiadada a causa de su hermano, Ivy podía sentir la angustia que irradiaba de Felicity.

Lady Lyte giró la cabeza como si no pudiese aguantar mirarlos. Su mirada angustiada recayó sobre Oliver.

Extendió la mano a su sobrino.

—A ti no te culpo de nada de esto, mi querido niño. A los dos nos han utilizado de la manera más abominable. Ahora, llévame a casa, por favor.

Oliver estaba inmóvil, intentando entender todo cuanto había sucedido tan de repente. Así como Ivy, él también había notado algo más entre Thorn y su tía, a pesar del disgusto que sentían. Por razones que lo confundían, los sentimientos de Felicity con relación a su amante sufrieron un cambio instantáneo de polaridad. Lo qué antes la atraía ahora la repelía con violencia.

—No te enfades con Ivy —imploró a su tía—. Ella sólo quería verlos felices. Y su hermano no sabía nada, eso te lo aseguro. —Oliver podía jurar que Felicity no lo estaba escuchando. ¿Encontraría las palabras correctas para convencerla cuándo había aprendido todo cuanto conocía sobre el amor en el corto espacio de algunos días?—. En cualquier caso, no puedo llevarte a casa ahora mismo. Ivy y yo pensamos casarnos. Antes del anochecer, si puedo persuadir a su hermano de que nos dé su consentimiento. Sé que todo esto parece una comedia de enredos, pero no tiene importancia, si podemos darle un final feliz. ¿Por qué no vienen Thorn y tú con nosotros a Gretna y celebramos una boda doble?

El brillo de admiración en el rostro de Ivy lo halagó, aun cuando la expresión de dolor e ira en los ojos de la tía lo perturbase.

—¡Estúpido chiquillo! ¿Es que no ves que Ivy Greenwood es igual que todas las demás, que sólo quiere tu dinero?

La acusación de su tía lo alcanzó como un puñetazo en el estómago. ¿Sería verdad? La experiencia afirmaba que sí.

Sin embargo, aquello no era ninguna experiencia científica, donde los repetidos resultados sostenían o refutaban una teoría. El amor guardaba un elemento de dulzura y excéntrica magia. Su sino. Cupido le había enseñado aquella lección.

—Aunque todas las evidencias indiquen lo contrario, creo que Ivy me quiere, tía Felicity. Y sé que yo la quiero a ella —diciendo eso, Oliver se giró hacia Thorn Greenwood—. ¿Consentirá usted en que me case con su hermana, señor? Prometo hacer todo cuanto esté en mi poder para hacerla feliz.

Ivy tomó la mano de su hermano en las suyas.

—Por favor, Thorn, di que sí. No me hagas lo que nuestro padre le hizo a Rosemary al impedirle que se casara con Merritt.

Era evidente que Thorn Greenwood tenía dificultad para negarle a su hermana cualquier cosa que ella le pidiese.

—Bueno… Si ustedes dos consiguieron llegar hasta aquí sin matarse el uno al otro…

—¡No puedo creer lo que estoy oyendo! —Se lamentó Felicity—. ¿No me digas que piensas consentir este absurdo capricho, después de todo lo que hemos pasado para detenerlos? Si alguna vez has sentido algo por mí, te opondrás a esta boda y volverás con tu hermana a Barnhill, de dónde ella jamás debería haber salido.

Aunque su semblante permaneció impasible, algo en los ojos del hermano de Ivy reveló el duelo amargo que se trababa dentro de él.

—Si sintieras algo por mí, Felicity, no me pedirías que sacrificara la felicidad de mi hermana.

Thorn miró a Ivy y enseguida a Oliver.

—Si ustedes dos quieren casarse, les doy mi consentimiento.

Felicity se encogió, como si Thorn la hubiese golpeado.

—Ya veo que están todos confabulados contra mí. Muy bien, entonces. Si insistes en esa locura, Oliver, no tengo otra elección sino desheredarte. Ve si eso no va a cambiar el deseo de la Srta. Greenwood de casarse contigo.

La idea de abandonar las investigaciones y dedicarse a tiempo completo a otra actividad para ganarse la vida desalentó a Oliver tanto como el comportamiento abatido de Ivy. ¿Felicity podría estar en lo cierto, después de todo? ¿La Srta. Greenwood estaría dispuesta a casarse con un hombre sin posibilidades de un porvenir promisorio?

Capítulo 10

Otra vez había conseguido estropearlo todo, pensó Ivy. Desde las alturas vertiginosas hacia las cuales había subido, se sumergió en el más profundo abismo.

Sin embargo, si había una cosa que no perjudicaría, costase lo que costase, sería el porvenir de Oliver.

—¿Podemos hablar un momento a solas? —imploró a Thorn y a Felicity.

—Tómense todo el tiempo que quieran —contestó lady Lyte mirando hacia la puerta—. Esperaré en el carruaje diez minutos. Si Oliver no ha ido a reunirse conmigo pasado ese tiempo, volveré a Bath sin él y daré instrucciones a mi abogado para que lo borre de mi testamento.

Después de que Felicity dejara la sala, Thorn miró a Ivy y enseguida a Oliver. Parecía a punto de decir algo, pero movió la cabeza y también se retiró.

La puerta apenas se había cerrado detrás de él, cuando Oliver empezó a hablar.

—¿Entonces, qué me dice, Srta. Greenwood? ¿Consideraría la posibilidad de casarse con un hombre que sólo cuenta con el cerebro para atraer a una mujer?

Oliver no le estaba facilitando las cosas, pero Ivy sabía exactamente lo que tenía que hacer, sin importar cuan desagradable fuese.

—Cuentas con mucho más aparte de tu cerebro, Oliver Armitage. Y si yo pensara sólo en mí, me sentiría muy feliz de casarme contigo, aun cuando no tuvieses un centavo a tu nombre. De ese modo, sabrías con certeza que me intereso por tu persona y no por tu dinero.

Él hizo un movimiento inesperado y la tomó en los brazos.

—Entonces, está resuelto. Tienes que saber que me haz hecho el pobre más feliz en el mundo. Vamos a hablar con tu hermano y seguir ahora mismo a Gretna.

—No —nada le costó más que decir aquella palabra y salir de los brazos de Oliver—. No quiero ser la causa de que pierdas tu herencia y quizá tener que abandonar tus experimentos. Tu trabajo es importante, para ti y para el mundo. ¿Quién sabe lo que podrías descubrir o inventar? No suelo poner los intereses de los demás por encima de los míos y no es muy agradable, puedo garantizártelo. ¡Pero te quiero de una forma cómo jamás quise a otra persona en toda mi vida! —Ella se giró hacia la única ventana minúscula de la sala, temiendo que la súplica en los ojos de Oliver pudiese cambiar su resolución—. No estoy diciendo que tengamos que separarnos para siempre, sólo durante algún tiempo hasta que tu tía se de cuenta que estamos hechos el uno para el otro. Tienes que aceptar, que eso es lo más sensato. Por lo menos una vez… por ti… quiero ser sensata.

Sin oír los pasos de Oliver tras de sí, Ivy se asustó cuando los brazos musculosos la rodearon. ¿Alguna vez lo había considerado un hombre frío, un sujeto indiferente?

—Tu propuesta es completamente racional —concordó él—. Pero me mostraste que el comportamiento más racional no siempre es lo más sabio. Puedo y encontraré un modo de continuar mis investigaciones sin el apoyo de tía Felicity. Lo que no puedo y no haré es postergar mi felicidad por más tiempo. Esperé mucho por esta oportunidad. Tanto que apenas la reconocí cuando finalmente ella entró en mi estudio y me arrastró a esta aventura.

—Por favor no discutas conmigo —Ivy lo empujó hasta la puerta—. Es muy difícil hacer lo correcto cuando la mitad de mí no quiere.

—Un último beso y haré lo que me estás pidiendo.

—Un beso y puedo no tener la fuerza de voluntad para hacer nada más, salvo pedirte que te cases conmigo.

—Estoy contando con eso —susurró Oliver mientras la levantaba del suelo. Los labios de él rozaron los de ella en una caricia suave y entonces aumentaron gradualmente la presión y el calor, volviéndose cada vez más exigentes y posesivos, hasta inundar la mente de Ivy con el más puro placer.

Cuando la colocó en el suelo nuevamente, atontada, jadeante y con el cuerpo en llamas, todo cuanto ella consiguió articular fue:

—Ve con lady Lyte.

Un aire travieso cruzó las facciones angulosas de Oliver.

—Es muy tarde para eso, me temo —Él la alzó en brazos otra vez y caminó en dirección a la ventana—. Es el carruaje de la tía Felicity rodeando la curva del mercado. Ahora estás presa a mí, Srta. Greenwood.

—¡Monstruo! —Ivy plantó un beso en la punta de la nariz de él—. Querido monstruo, me engañaste esta vez.

—Es verdad. Y no me arrepiento ni por un minuto. Era lo que habrías hecho si nuestras posiciones hubiesen estado invertidas.

¿Cómo ella podría negar la verdad?

—Estaré obligada a convertirme en una esposa muy obediente, para compensarte por todo lo que renunciaste por mi causa. Felizmente, no puedo imaginar una tarea mejor que ésa. Ahora vamos a buscar mi hermano y pedirle que nos acompañe a Gretna Green.

Oliver e Ivy Armitage se casaron más tarde aquel mismo día por el vicario local, pues Thorn Greenwood se rehusó a aprobar cualquier ceremonia realizada por los notorios sacerdotes de Gretna.

De pie al lado de la novia en la pequeña iglesia escocesa, mientras proclamaba los votos con los cuales los amantes sellaban sus uniones hace cientos de años, Oliver repasó en su mente la sucesión de eventos precipitados que lo llevaron hasta aquel altar. La razón, por sí sola, no explicaría el súbito cambio radical en la dirección que su vida había tomado. Quizá hubiese algo de verdadero en aquella fantástica tontería sobre cupido y sus flechas, después de todo.

—Con este anillo, yo te desposo… —él deslizó el propio anillo de sello en el dedo de Ivy, jurando sustituirlo por algo más apropiado, precioso y delicado en cuanto dispusiese de medios para tal efecto.

Cuando el vicario entonó la bendición final, Oliver tuvo que controlarse para no estallar en una carcajada. ¿Cómo había podido pensar qué un viaje a Gretna purgaría Ivy de su organismo?

Ambos firmaron el registro de matrimonio con Thorn y la esposa del vicario como testigos. Entonces, el hermano de Ivy llevó a Oliver hacia un rincón para intercambiar algunas palabras en privado.

—Se paciente con ella en la noche de boda, Armitage, y trátala con delicadeza —aparentemente satisfecho con las seguridades de su cuñado, Thorn trató de suavizar el tono de voz—. Ustedes dos son bienvenidos a vivir en Barnhill el tiempo que necesiten o deseen.

Barnhill… Aquel nombre hizo a Oliver sentir un nudo en la garganta. No sólo porque la promesa del casamiento con Ivy había coloreado su mundo negro y blanco, sino porque de ahora en delante formaría parte de una familia. ¿Y qué podría dar a cambio?

—Juro… —él oyó su voz nuevamente y cada palabra se hacía más fuerte y más segura—. Que haré lo posible para que Ivy jamás lamente la decisión de casarse conmigo.

Thorn le extendió la mano.

—Haz eso y estaré orgulloso de llamarte hermano. Ahora, necesito irme. Mi hermana insiste en que siga el carruaje de Felicity con el propósito de protegerla, en caso de que algún daño le suceda durante el viaje… aun cuando me mantenga a distancia.

Ivy se ubicó al lado de su esposo.

—Es mejor que te apures si tienes la esperanza de alcanzar a lady Lyte —ella

abrazó a su hermano y le dio un beso prolongado en la mejilla—. Cuídate, Thorn, y no te preocupes por mí. Estoy en muy buenas manos.

Oliver deseaba sentirse tan confiado como su tranquila novia parecía estar. Esperaba la noche de bodas con un grado febril de ansiedad sólo comparado a la violenta opresión de sus entrañas.

Ambos cenaron en una posada cercana, recomendada por el vicario como un establecimiento respetable. Aunque satisfecho por hacer su primera comida decente en días y medio inclinado a prolongar la cena para postergar los ritos nupciales, Oliver se vio con poco apetito. Además, no confiaba en una cantidad excesiva de comida y vino con su precario estómago. ¿A qué hombre le gustaría pasar la noche de nupcias expeliendo por la boca lo qué comió?

El cuarto que escogieron era mucho mejor que el cubículo mohoso de Newport: modesto, pero confortable y limpio.

Antes de que las dudas de Oliver tuviesen la oportunidad de pasar por la puerta, Ivy la cerró de golpe, la aseguró y se echó en los brazos de él. La suave presión de los labios delicados contra los suyos, el dulzor y el sabor familiar de su beso lo excitaron, barriendo cualquier sentimiento de aprehensión.

—¿No estás arrepentido, verdad? —preguntó ella—. Ésta es tu última oportunidad de volver atrás. Si no hacemos todas las cosas que Rosemary me contó, estoy segura de que podrás pedir la anulación de nuestro matrimonio. Entonces, después con un poco de humildad de tu parte, sin duda lady Lyte te restituiría como su heredero —una pequeña nube melancolía amenazó el sol permanente de Ivy.

—Métete una cosa en ésa cabecita tuya llena de rizos rojizos, Sra. Armitage —Oliver la levantó en los brazos y caminó en dirección a la cama—. Vales más para mí que todos los millones de tía Felicity. Además, sospechoso que ese valor aumentará con una convivencia más larga e… íntima.

Acostándola sobre el colchón, besó cada centímetro del rostro y del cuello de Ivy, arrancándole risas de placer.

—Si tengo algún recelo es por tu causa, no por la mía. ¿No preferías pasar tu noche de bodas con algún libertino enérgico qué conoce el cuerpo de una mujer tan bien como las mesas de juegos?

—Por el contrario, Sr. Armitage —dijo ella, desatándole el nudo de la corbata con los dedos ágiles—. Prefiero un amante inclinado a obtener conocimientos en la ciencia del placer.

Ser descrito de aquel modo sonaba bastante intrigante. Por primera vez en toda su vida, Oliver soltó una carcajada jubilosa de alegría.

—Lo lograré. Poseo más que simple curiosidad intelectual para explorar ese campo de estudio —diciendo eso, se libró de las botas y arrojó la chaqueta en el suelo

—. Quiero decir, si puedo inducirte a ayudarme en mis pesquisas.

Ivy probó ser una aliada más que ansiosa, mientras los dos se deshacían de las ropas y empezaban a explorar las diferencias intrigantes de las anatomías masculina y femenina.

La ávida curiosidad los llevó a investigar los efectos de la fricción. El toque caliente de los dedos de ella sobre sus muslos vigorosos. La lengua de él, húmeda y tibia, sobre los pezones sensibles de ella. Todo el tiempo una sensación de calor y urgencia se intensificaba dentro de ellos, como la presión del vapor en una caldera hirviente.

Cuando Ivy le susurró las instrucciones de su hermana para realizar el acoplamiento que consumaría la unión de ambos, Oliver sonrió.

—Precisamente como un pistón y un cilindro. Me ruborizaré siempre que vea una máquina a vapor después de… ¡Oh Dios mío!

De repente, la ciencia y el intelecto cayeron por tierra, tal como sus ropas descartadas. Oliver se dejó envolver, cuerpo, mente y corazón, por el encanto primitivo que tocaba como un tambor en sus venas, con la cadencia vívida y maravillosa de un fuego intenso. Una pasión que le afloraba todos los sentidos y parecía arrancarle la conciencia fuera del cuerpo.

Ahora entendía la necesidad de Thorn de advertirle que tratara a la novia con paciencia y delicadeza. Los sentimientos tiernos que sentía por Ivy apoyaron su menguado autocontrol, hasta sentirla jadear debajo de él. La estrechez suave y abrasadora de aquel cuerpo femenino detonó una explosión de placer que lo arrojó en llamas hasta la estratosfera.

Aquella convulsión violenta de éxtasis dio paso a un eco de dicha, sereno y leve. Él la acurrucó en un abrazo protector y, medio somnoliento, descansó el rostro contra los rizos húmedos y despeinados de Ivy.

Ella deslizó las puntas de los dedos sobre los suaves vellos del pecho de él.

—¿Sientes algún arrepentimiento ahora qué es demasiado tarde para volver atrás?

Contorsionándose para alcanzar la carne sensible del cuello delicado, Oliver le mordisqueó el lóbulo de la oreja provocativamente.

—Si eres capaz de hacer una pregunta así es porque no me estabas prestando la más mínima atención.

Ivy se alejó con un serpenteo, mientras dejaba escapar una risa.

—Debo admitir que estaba más preocupada por mi propio placer.

—Entonces, contestando a tu pregunta, no me arrepiento de nada de lo que sucedió entre nosotros. Sin embargo, me aflige saber que no cumplimos nuestro propósito original de venir hasta aquí para unir a Thorn y tía Felicity. Así como tú, cuando los vi juntos creí que lo habíamos conseguido.

Ivy asintió con la cabeza.

—Hay algo abrumando el espíritu de Felicity que nada o poco tiene que ver con mi hermano. Pero no te preocupes, aún no he desistido de unir a esos dos.

Con una sonrisa reverente, Oliver la besó nuevamente. Aunque sólo pretendía deleitarse con el sabor de aquellos labios una vez más, la interacción encantadora de sus bocas unidas amenazó con volver a encender su deseo.

—Ahora que tengo noción de lo que ellos se están perdiendo… —murmuró— puedes contar conmigo para ser tu cómplice casamentero, mi adorado Cupido.

Fin